This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~NS. 75 D 7.~~

Vet Span. III. B. 32.3

La Cruz del Hábito.

NS. 75

LA CRUZ

DEL HABITO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON BENITO MAS Y PRAT.

Estrenado en el teatro de Cervantes, de Sevilla, en la noche del 29 de Enero de 1876, con extraordinario éxito.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1876.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 JUL 1960
OF OXFORD
LIBRARY

AL EMINENTE ACTOR

DON PEDRO DELGADO.

Muchas veces ha dicho V., mi distinguido amigo, que aquí, bajo el hermoso cielo de Andalucía,—al lado de los que tanto le admiran y le quieren—se sentia V. dispuesto á trabajar sin descanso y prestar su apoyo—que tanto vale—á los que emprendieran el áspero sendero de la literatura dramática.

Sus promesas han sido cumplidas fielmente, y el brillante éxito de la obra que le dedico es la mejor prueba que ha podido dar de su expontáneo y desinteresado ofrecimiento.

Los laureles que he recogido sólo á V. pertenecen, y si el recuerdo de tan lisongero triunfo queda grabado en mi corazon, es tan sólo porque á él se une estrechamente el nombre del protector decidido, del actor eminente y del amigo verdadero.

El Autor.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª ESTRELLA, esposa de D. Álvaro.	SRA. ARGÜELLES.
LUZ, doncella.	SRTA. MORENO.
D. ÁLVARO DE CASTRO. .	SR. DELGADO.
D. GASTON DE LARA. . .	» PORTES (J.)
EL PRIOR DE UCLÉS, anciano de severo aspecto.	» PORTES (R.)
TENORIO.	» GOMEZ.
COTA, escudero.	» OSSORIO.
MAESE CRISTÓFANO, hostelero.	» GONZALEZ.
Embozado 1.º y caballero del primer grupo.. . . .	» N. N.
Embozado 2.º y caballero del segundo grupo. . . .	» N. N.
Embozado 3.º	» N. N.
Id. 4.º	» N. N.

Treces, capitulares de la Órden, freires de Santiago, pajes, hombres de armas, etc., etc.

La accion del primer acto pasa en una venta próxima á Toledo, y la del segundo y tercero en dicha ciudad.—Siglo XIII.
Las anotaciones están tomadas del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de una venta próxima á Toledo. Gran arcada al fondo y puertas laterales: de las dos de la derecha, la del primer término tendrá cerca de ella una imágen alumbrada por una lamparilla: dicha puerta conduce al sótano; las restantes, al interior de la posada. Á la izquierda, mesa de pino, con sillon grosero. Sobre aquélla habrá recado de escribir, jarros y cubiletes.—Anochece.—La escena estará alumbrada por un farol, pendiente de un pescante en el centro de la arcada.

ESCENA PRIMERA.

TENORIO y MAESE CRISTÓFANO.—Tenorio, sentado á la mesa, con un vaso en la mano.—Cristófano, de pié junto á él.

TENOR. ¡Á tu salud!
CRIST. Buena suerte,
y que el diablo te ayude.
TENOR. Pasé de plebeyo á hidalgo
y muy pronto seré duque.
CRIST. Juegas la cabeza.
TENOR. ¿Y qué?
CRIST. La suerte es hembra y voluble.
TENOR. Yo la ataré á mi corcel
y me subiré á las nubes.
CRIST. Pues cuenta con la caida,
que es fácil que te desnuques.
TENOR. No disputemos, Cristófano.
Si el trato que te propuse
no te acomoda, lo dejas;

quiero sólo que me ayudes
sin sermones, sin sentencias,
y sin palabras inútiles.
¿Accedes ó nó?

CRIST. He notado,
desde que eres hombre ilustre,
que te olvidas con frecuencia
de que en la pila te tuve.

TENOR. ¡Calla!....

CRIST. Que....

TENOR. Calla, Cristófano.

CRIST. Callaré, sí; no te ofusques:
yá sé que tu pobre cuna
te avergüenza.

TENOR. No me insultes.

CRIST. Como no cambies de tono
no me harás que capitule.

TENOR. Bien; hablemos con jüicio.
Tú lo sabes; en mí bulle
esa ambicion insaciable
que la existencia consume.
Quiero honores y riquezas;
quiero subir á la cumbre;
quiero que los que me humillan
con mi explendor se deslumbren,
y que, como yo, postrados,
el llanto en la risa oculten.

CRIST. ¿Y lo lograrás?

TENOR. Si el diablo
me ayuda....

CRIST. Como te ayude,
y el verdugo no se oponga,
subirás.

TENOR. Para que juzgues
si tengo soberbia escala,
oye, pues. Hoy se rëunen
los freires de Santïago
en capítulo.

CRIST. ¿Qué ocurre?

TENOR. Que elegirán por maestre,
si es que no hay quien lo dispute,
á don Álvaro de Castro,
señor de Ávila.

CRIST. Hombre ilustre;
orgulloso, recto, áspero,
con la frente allá en las nubes.
Lo conozco; no es tu amigo,
y, por lo tanto, tú acudes
á los Laras....?

TENOR. Por supuesto;
siempre hácia los Castros tuve
animadversion; por ellos
á poco en Búrgos me tunden.
Doy, pues, guerra á buena cuenta:
como logre que le hurten
el maestrazgo á don Álvaro,
hago mi fortuna.

CRIST. Y subes.

TENOR. Àquí espero á don Gaston
de Lara; por eso urge
que un sitio pronto y seguro
para sus parciales busques.

CRIST. ¿Te sirve el sótano?

TENOR. Es bueno.

CRIST. Yá lo creo; ahí se urden
de los nobles toledanos
las marañas. Sin que alumbren
pueden bajar hasta él,
por si hay quien la cosa husme.
Presumo que en la jornada
juegas la piel.

TENOR. Bien presumes.

CRIST. (Recogiendo el servicio.) Yo en ello lavo mis manos;
el que las hace las sufre.
Quieres mejor que hostelero
ser hidalgo y conde-duque;
si te ahorcan ó te desuellan,
á mí no será á quien culpes. (Váse por el fondo.)

ESCENA II.

TENORIO y EMBOZADOS.—Tenorio se levanta agitado, paseándose por la escena; despues abre la puerta pequeña.

TENOR. ¡Cuánto tardan! el lugar
es profundo y solitario;
nadie podrá sorprendernos.
Los freires de Santïago
se ganarán con promesas,
sí; don Álvaro de Castro
no heredará la gran copa
ni alcanzará el maestrazgo.
Alguien se acerca; ellos son;
al fin llegan: prevengámonos.
(Salen los embozados.)

EMB. 1.º ¿Sois Tenorio?

TENOR. Soy Tènorio.

EMB. 1.º ¡Castilla!

TENOR. ¡Por Santiago! (Con misterio.)
Bajad ese caracol
y á mano diestra esperáos.
¿Vienen todos?

EMB. 1.º Vienen todos.
Poco á poco irán entrando.
(Penetra por la puerta del sótano.)

TENOR. ¡Sueños locos de ambicion,
no bullid más, sosegáos;
que tengo bastante audacia
para que no os falte pábulo!

EMB. 2.º ¡Castilla!

TENOR. ¡Por el Patron!
Ese caracol abajo.
(Váse por la puerta idem.)

EMB. 3.º ¡Castilla!

TENOR. Seguid á ese otro.
(Váse por la puerta idem.)

EMB. 4.º ¡Castilla!
TENOR. ¡Por Santiago!
(Señalando la puerta, por donde se va.)
Sólo falta don Gaston;
tan impaciente le aguardo,
que creo que son los minutos
horas eternas por largos.

ESCENA III.

DICHO: el VENTERO y GASTON, por el fondo.—Tenorio, sentado á la mesa.

CRIST. Señor, en aquella mesa
le teneis.
GASTON. Gracias, maëse:
yá sé que el que busco es ese.
CRIST. No servir de más me pesa.
GASTON. La mejor habitacion....
CRIST. Será vuestro dormitorio.
TENOR. ¡Él; llega á tiempo! (Levantándose.)
GASTON. ¡Tenorio!
TENOR. ¡Os tardábais, don Gaston!
GASTON. Grillos de ligeras flores
á mi pesar me enlazaron,
y en el lecho me postraron
hondas heridas de amores.
TENOR. Poco fuerte sois, por Dios,
para tan dulces batallas;
si como yo usárais mallas,
fuera mejor para vos.
GASTON. Yá ves que, de cualquier modo,
estoy en mi puesto.
TENOR. Sí;
mas si no fuera por mí,
estaba perdido todo.
El de Castro me recelo
que os va á ganar la partida.
GASTON. No ha de ser, nó, ¡por mi vida!
TENOR. No será, porque yo velo.

GASTON. Vanos fueron mis intentos,
te lo confieso, Tenorio;
aún en un cielo ilusorio
se mecen mis pensamientos.
De una mujer los halagos
me hicieron titubear;
los rios que van al mar
se detienen en los lagos.

TENOR. Á juzgar por las señales
vais á contarme el suceso.
Para despues será eso,
que esperan vuestros parciales.

GASTON. Bien dijiste; necio soy
si en la hora de las venganzas
con livianas esperanzas
á entrar en combate voy.
Esclavo de un juramento,
que pesa como una roca,
toda mi existencia es poca
para conseguir mi intento.
Nunca el alud retrocede
cuando cae de la montaña;
ni el cedro, ni la cabaña,
pueden hacer que no ruede.
Ser fatal es mi destino,
Tenorio, lo cumpliré;
soy el alud, hollaré
cuanto encuentre en mi camino.

TENOR. Pláceme veros así,
y voy, como premio, á daros
ocasion para alegraros.
Yá mi intento conseguí,
y sé quién es el villano
que ha manchado vuestro nombre.

GASTON. ¿Sabes quién es ese hombre?
dímelo, rompe ese arcano.
Mi ódio crece y se exaspera
con tan pertinaz tardanza;
tal incendio es mi venganza,

que es toda el alma su hoguera.
Habla; acaba de decir
ese nombre aborrecido;
de las sombras del olvido
Satanás lo hace surgir.
Habla, por tu vida.

TENOR. Ántes (Con intencion.)
será justo que os recuerde....

GASTON. Sí, el feudo de Villaverde
y el condado de Govantes.
De los dos merced te hago.

TENOR. (Hoy mi fortuna aseguro.)
Es don Álvaro, el futuro
maestre de Santïago.

GASTON. ¿Álvaro de Castro?

TENOR. El mismo.

GASTON. ¡Leyes del destino raras!
siempre van Castros y Laras
empujándose al abismo.
¿Tienes pruebas?

TENOR. Tan seguras,
tan ciertas como se exijan.

GASTON. ¡Mis padres se regocijan
en sus hondas sepulturas!
Juré vengarme; juré
pagar baldon con baldon....

TENOR. Hoy os brindo la ocasion.

GASTON. Sí, no la malograré.
Tú lo sabes; há diez años
que ese Castro, porque es él,
infamó á doña Isabel,
mi madre.

TENOR. De sus amaños
víctima fué desdichada.

GASTON. Aquí el agravio se esconde: (Señala al pecho
tambien sabrás que, del Conde
al pecho, llegó su espada.

TENOR. Sí: ese Castro de Luzbel,
que hoy se alza altivo en Toledo,

fué el que hirió al conde Salcedo
y burló á doña Isabel.
Lo sé; tengo en la memoria,
pues de ella gran cuenta hago,
de la cruz de Santïago
la horrible y trágica historia.

GASTON. ¡Sí, horrible y trágica! Áun sueña,
mi imaginacion fatal,
en la sangrienta señal
del hábito de estameña.
La daga en sangre teñida
dejó sobre el blanco paño;
pasa un año, y otro año,
Tenorio, y no se me olvida.
Mi mismo padre entregó
al fuego el solar manchado;
un pobre labriego honrado
de las llamas me sacó.
El buen nombre de Salcedo
se sumergió en la deshonra;
hoy el de Lara me honra,
llevar el otro no puedo.

TENOR. Dejad recuerdos fatales,
que yá está la liza abierta,
y os vengaréis. Esa puerta
dió paso á vuestros parciales
y os esperán; id y alzad
contra el de Castro el pendon.
Virtud es la prevision:
pronto os seguiré. Pasad.
(Penetra por la puerta pequeña.)

ESCENA IV.

TENORIO solo.

¡Bien, Tenorio! yá esto es hecho:
en la cercana contienda,
si no hay honra, sobra hacienda;
puedes ensanchar el pecho.

De honras y vidas agenas
va á formarse tu tesoro;
mas.... ¿qué importa? hallando oro,
todas las sendas son buenas. (Váse por el sótano.)

ESCENA V.

ESTRELLA, LUZ, CRISTÓFANO, COTA y otro ESCUDERO.— Entran por la arcada del fondo. Estrella y Luz se adelantan; los demás quedan formando un grupo, en cuyo primer término está Cristófano, el cual se dirige á Estrella, que, apoyada melancólicamente en Luz, apénas le hace caso.

CRIST. Pobre y grosera morada
para vos, señora, es esta;
mas si pensais deteneros
no ha de faltar en mi venta
racion á la servidumbre,
ni á vos lecho, cuarto y mesa.
La noche ha cerrado há poco;
Toledo está á cuatro leguas;
y así, pues....

COTA. Basta, maese;
preparad techado y cena.

CRIST. Está bien; podeis, señora,
ocupar la estancia aquella.
(Dirigiéndose á Estrella y señalando la de la izquierda.)
No hay otra en este tugurio
más digna. (Inclinándose.)

LUZ. Ved, doña Estrella,
que os delatan vuestras lágrimas.

COTA. Dos desvanes que estén cerca,
maese.

CRIST. Aquí no los hay: (Con aspereza.)
vosotros, por allá fuera.
(Señalando á la arcada del fondo.)

COTA. Áspero es este villano;
habrá que tener paciencia.

(Vánse los escuderos por el fondo, y Cristófano se adelanta hasta la puerta del sótano.)

CRIST. (Llevarémos esta llave
á Tenorio, con cautela,
para que los otros salgan,
sin chistar, por la otra puerta.)
(Entra por la puerta del sótano.)

ESCENA VI.

ESTRELLA y LUZ.

LUZ. Vamos, enjugad los ojos;
yá del sombrío convento
salísteis; cuando amanezca
estarémos en Toledo.

ESTREL. ¿Crees acaso, pobre Luz,
que con tal ánsia lo dejo?
Los freires de Santïago
bien hacen en que ese tiempo,
tan propio de la clausura,
tan impropio del recreo,
sus esposas lo consagren
á la abstinencia y al rezo.
Yo he pasado tres semanas
en el santo monasterio,
como esposa de don Álvaro,
de la órden caballero.
Tú lo sabes; ¿cuántas veces
viste mi rostro cubierto
con el tinte del fastidio
ó la grana del deseo?

LUZ. ¡Nunca! y en verdad lo extraño,
que era muy triste el encierro.

ESTREL. Cuando de la opaca lámpara
á los pálidos reflejos,
temblaban los pardos muros
de doseletes cubiertos;
cuando los Cristos de piedra
iban sus brazos tendiendo,
como áncoras salvadoras,
en un mar de sombra inmenso;

cuando en los pintados vidrios,
con llamaradas de fuego,
tocaba el sol, derramándose
como un poderoso incendio;
cuando, en fin, como el torrente,
el órgano respondiendo
á las voces de las vírgenes,
retumbaba como el trueno,
yo pensaba....

LUZ. En vuestro esposo.

ESTREL. Nó; á mi pesar lo confieso:
pensaba en cómo dos almas
podrán buscarse en el cielo.

LUZ. Alguna sombra tal vez,
alzándose en vuestro pecho,
os traia....

ESTREL. ¿Sombra dices?
nó; jamás en mis ensueños
hubo sombras; limpia y clara,
como ese gigante espejo
del mar, que jamás se enturbia
aunque se agite revuelto,
es mi honra: no hay parda nube
que se oponga á sus destellos,
porque es sol que el mismo cáos
no pudiera oscurecerlo.

LUZ. Perdonad, señora; un nombre
de vuestro labio entreabierto
oí hace noches.

ESTREL. Tú mientes;
esos torpes pensamientos
reflejo son de los tuyos;
nó, jamás, de mis deseos.
Si es cierto que amé á otro hombre,
cuando, á súplicas cediendo
de una madre moribunda,
me enlacé al de Castro, esto
no se ocultaba á mi esposo,
que comprendió desde luego

que al entregarme su honor
lo conservaria ileso.
Para mí no existe yá
don Gaston, aunque no ha muerto,
y jamás mancillaré
con impurezas mi lecho.

LUZ. Vuestro esposo, más que esposo
es un padre.

ESTREL. Sí por cierto:
tú lo sabes; es adusto
y sólo inspira respeto.
¡Ámbos caminamos tristes
por un erïal desierto!...
Mas es tarde y la fatiga
se apodera de mis miembros.

LUZ. Descansad, señora.

ESTREL. Sí.
¡Ojalá pueda! entra luégo,
que quiero estar, si es posible,
mañana mismo en Toledo.
Maestre de Santïago
va á sér mi esposo, y espero
que el hábito que bordé
le sirva, si llega á tiempo.
(Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA VII.

LUZ: despues TENORIO y CRISTÓFANO.

LUZ. ¡Pobre señora! la lucha
que sostiene es infinita;
en vano quiere ocultarme
el pesar que la contrista.
Ama á otro hombre, padece,
y, engañándose á sí misma,
quiere evitar el abismo
y se detiene en la orilla.
Al fin como yo caerá,
que sé muy bien, por desdicha,
que hay pendientes tan süaves

que sin sentir precipitan.
(Se acerca á la mesa como para escribir.)
Aprovechando este azar
voy á escribir una epístola.
¡Ay! ¡cuándo recobraré
la tranquilidad perdida!
(Salen Cristófano y Tenorio por la puerta pequeña, hablando con misterio.)

CRIST. ¿Salieron todos?
TENOR. Sí, todos
por la alameda sombría
se perdieron en silencio.
CRIST. ¿Y qué resultó?
TENOR. No evita
nadie el golpe; de don Álvaro
es la victoria y no mia.
Esos orgullosos freires
ni se doblan ni se humillan.
CRIST. ¿Y don Gaston?
TENOR. Fué con ellos
hasta el campo; ¡suerte impía!
el infierno se conjura
contra mí.
CRIST. ¿Me necesitas?
TENOR. Nó; ¡adios!
CRIST. (Con intencion.) Deja tus condados,
que te traerán la cuchilla. (Váse por el fondo.)
LUZ. ¿Quiénes son los que allí hablan?
una voz me es conocida.
No me engaño. ¡Cielo santo!
¡Tenorio! (Levantándose.)
TENOR. ¡Luz! ¡alma mia!
¿tú aquí?
LUZ. Sí, aquí; ¿qué te extraña?
con doña Estrella de Silva.
El monasterio he dejado;
ahora mismo te escribia.
TENOR. ¿Y don Álvaro?
LUZ. En Toledo

espera á su esposa.

TENOR. Dicha
he tenido en encontrarte.

LUZ. Tu olvido sintiendo iba....

TENOR. Pronto serémos felices.

LUZ. ¡Felices!... ¡Pobre honra mia,
á merced tuya!... ¿qué has hecho
léjos de mí tantos dias?

TENOR. ¿Qué he de hacer? ¿tú lo preguntas?
luchar con la suerte esquiva,
buscar honores, riquezas
que serán tuyas.

LUZ. ¡Oh! ¡quita,
quita, traidor: sólo adoras
la ambicion que te domina!
¡Yo sólo quiero tu amor,
mi honra!

TENOR. (¡Importuna!) Esta vida
sin oro es un triste páramo;
la miseria es la agonía.
¿Acaso está tu ambicion,
como muchas, reducida
á la posesion de un huerto
poblado de florecillas?
¡Calla, Luz! yo quiero más;
quiero pages que te sirvan,
brocados que te engalanen
y aderezos que te ciñan.

LUZ. ¿Estás loco?

TENOR. No estoy loco;
veré mi ambicion cumplida.
(*) ¿No has visto del alto monte
brotar la fuente mezquina,
y deslizarse á la falda,
en arroyo convertida?
¿No lo has visto enriquecerse

(*) Los versos comprendidos entre asteriscos, pueden suprimirse en la representacion.

con las corrientes vecinas,
y trasformarse en el llano
en raudal de anchas orillas?
¿No le viste crecer más,
ser torrente, y, en seguida,
tronchando cedros y robles,
engrosar la mar bravía?
Pues así de mi fortuna
será la veloz corrida;
yo seré el ronco torrente,
aunque hoy soy la fuentecilla.

LUZ. ¡Me das miedo!

TENOR. Mas te adoro.

LUZ. ¡Mientes!

TENOR. ¡Inútil porfía!
Contigo y con un palacio
será completa mi dicha.

LUZ. ¡Oh! yo quisiera tener
todo el oro de la Siria
para saciar tu ambicion.

TENOR. (Meditemos: Luz, que es mia,
acaso podrá servirme
por medio de alguna intriga.)

ESTREL. Luz.... (Dentro.)

LUZ. La Condesa me llama.

TENOR. ¿Te vas? ¡Fortuna maldita!

LUZ. Nos verémos luégo.

TENOR. (Con rapidez.) Oye.

LUZ. Dí pronto.

TENOR. Tengo la vida
en tus manos.

LUZ. ¡Cielos!

TENOR. Vuelve,
que he de tenerte propicia
para una arriesgada empresa.

LUZ. Si mi ayuda necesitas,
yá lo sabes, soy tu esclava.
(¡Cómo no hacerlo podria!)
(Váse hácia la izquierda, penetrando en el cuarto de Estrella.)

ESCENA VIII.

TENORIO y GASTON.—Tenorio, apoyado en la mesa y meditabundo.

TENOR. ¡Oh! que tardío el cerebro
á la ocasion obedece:
sí, esta idea que me asalta
ponerse en práctica puede.
Deshonrada la Condesa,
no será el Conde maestre;
que honra limpia y sangre pura
deben exigir los treces.

GASTON. (Se adelanta por el fondo, y aproximándose lentamente á Tenorio, le pone una mano sobre el hombro: éste sale de su abstraccion.)
Tus planes, caro Tenorio,
yá lo ves, se desvanecen:
vanas han sido las dádivas;
esos orgullosos treces
elegirán á don Álvaro.

TENOR. ¡Fatal don Álvaro es ese!

GASTON. Ánsia tengo ¡vive Dios!
de hallarle, de conocerle,
y de estampar en su rostro
el hierro del guantelete.
Tanto su nombre en mi oido
gira, pasa y se revuelve,
que he de ir mañana á Toledo
aunque Luzbel me encadene.
¿Pero qué meditas tanto?

TENOR. (Yá encontré el medio más breve.)
No temais por vuestro triunfo.

GASTON. No temeré si lo quieres,
pero has de tener en cuenta
que hay dos intentos pendientes:
uno mi pronta venganza;
otro el pendon del maestre.

TENOR. Ámbos en uno han de ser
cumplidos, que hay quien se empeñe.

GASTON. Yá sabes que tu fortuna
sólo de esta empresa pende.
TENOR. Don Álvaro, yo os lo juro,
abierta la fosa tiene.
GASTON. Por qué medios?
TENOR. Procurando
que no lo elijan los treces.
GASTON. Mañana concluye el término.
TENOR. No importa; que habeis de verle
sin honra y á vuestras plantas....
¡Dejadme!... (Haré que se aleje.)
que un experto capitan
preparar su ataque debe.
GASTON. ¡Adios! pero ten en cuenta,
que hay tierras en Villaverde
y picotas en Toledo. (Se dispone á salir por el fondo.)
TENOR. (Intento es de vida ó muerte,
y si no me salva Luz
labrarme el sudario pueden.)
GASTON. (Divisando á Estrella al pasar y deteniéndose admirado.)
¡Cielos! sí; ¡es ella! ¡no sé
lo que por mí pasa! ¡Suerte
fatal la mia: de nuevo
á alzarse en la senda vuelve
de mi venganza! Mas ¿cómo
se halla aquí...?
TENOR. (Reparando que don Gaston se detiene.)
(¿Qué le detiene?)
¿Estais loco, don Gaston?
GASTON. (Volviendo á donde está Tenorio.)
Es preciso que te alejes
pronto.
TENOR. ¿Pero qué os ocurre?
GASTON. ¡Una burla de la suerte!
La mujer de quien he huido,
la mujer que me enloquece
se halla aquí, mírala....
(Señala á Tenorio la estancia de Estrella.)
TENOR. (¡Es

la Condesa!...)

GASTON. Pronto, véte.

TENOR. (Tan rara coincidencia (Casi en el fondo de la escena.)
bien puede favorecerme:
oigamos lo que aquí pasa.)

GASTON. (Mirando con ansiedad por la puerta, y retirándose despues hácia la mesa, donde se apoya.)
(¡Todo mi sér se conmueve!)

ESCENA IX.

GASTON y ESTRELLA.—Estrella sale lentamente de la habitacion. Gaston la contempla con ansiedad.

ESTREL. (Aire en esa estancia falta;
mejor se respira aquí.)

GASTON. (¡No sé qué pasa por mí!)
¿Estrella...? (Dirigiéndose á ella.)

ESTREL. (Al oir la voz vuelve la cara y, reconociendo á Gaston, quiere huir, aterrada, pero él la detiene.)
¡Qué sombra asalta
mi mente! ¡Cielos! ¡Gaston!
¡Dejadme!...

GASTON. ¡Esperad, Estrella!...

ESTREL. ¡No puedo!...

GASTON. ¡Oid mi querella,
tened de mí compasion!

ESTREL. Decidme con qué derecho
me lo podeis exigir,
ni qué me podeis decir
despues de lo que habeis hecho.

GASTON. Bien lo sabeis: de mi padre
ante el sepulcro manchado,
matar al hombre he jurado
que osó infamar á mi madre.

ESTREL. Por lograr esa venganza
há un año me abandonásteis,
y en flor, sin razon, cortásteis
mi ventura y mi esperanza.

¿Cómo os podréis excusar
de tamaña felonía,
ni qué dureza es la mia
si yá no os puedo escuchar?
Hojas que en un árbol paran
en la florida estacion,
cuando ruge el aquilon
se secan y se separan.
Con el polvo del camino
no ven sus mutuas congojas;
vos y yo somos las hojas
que ha separado el destino.

GASTON. Mucho os amé, y he de amaros,
y este es mi eterno tormento;
mas mi duro juramento
obligábame á dejaros;
que en mi amorosa inaccion,
os lo diré aunque no os cuadre,
escuchaba de mi padre
la severa maldicion.
Entónces, en torvo duelo,
mi alma, de pena rendida,
se encontraba suspendida
entre un abismo y un cielo.
Esa voz, amante y grata,
me llamaba hácia el placer;
mas la voz de mi deber
me gritaba: *¡Muere ó mata!*
Por eso, en tan triste afan,
huí de vos en mi delirio.
¡No debe crecer el lirio
á la sombra del volcan!...

ESTREL. Os comprendo: ved por qué
vuestra desdicha labrais;
la venganza que buscais
caerá sobre vos.

GASTON. Lo sé....
Ángel sois de bienandanza,
que Dios pone en mi camino;

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 JUL 1960
OF OXFORD
LIBRARY

cambiad vos este destino
de crímen y de venganza.

ESTREL. Vuestra súplica me aterra,
porque ni escucharos puedo.
(¡De mí misma tengo miedo!)

GASTON. ¡Sed mi ángel bueno en la tierra!...

ESTREL. ¡Imposible es yá, Gaston!...

GASTON. ¡Nó, Estrella, nó! Por quien soy;
ó por vos me salvo hoy
ó es cierta mi perdicion.

ESTREL. Lara, vuestro ruego es vano,
aunque mi pecho se oprima.

GASTON. ¿No hay ángel que me redima?

ESTREL. ¡Dueño es otro de mi mano!...

GASTON. ¡Casada vos! Burla impía
es esa....

ESTREL. ¿Por qué os asombra?
vuestro amor fué breve sombra
y se escapó con el dia.
Murió mi madre; en profundo
abandono me encontré,
y el noble apoyo acepté
que pude hallar en el mundo.

GASTON. ¿Quién es ese hombre?... (Con ansiedad.)

ESTREL. Vana
es vuestra pregunta á fé,
porque yo no os lo diré
ni nada en ello se gana.
Reclusa vivo en mi hogar
por dar de virtud ejemplo....
Gaston, mi casa es un templo
donde no podeis entrar.
Seguid, pues, vuestro camino;
dejadme con mis congojas:
¡yá lo veis, somos las hojas
que ha separado el destino!

GASTON. ¡Perderos! ¡tan hondo afan
será mi eterno martirio!

ESTREL. ¡No debe crecer el lirio

á la sombra del volcan!...

GASTON. Tened compasion de mí;
ved mi amor.... medid mi duelo....

ESTREL. Tras de la tierra está el cielo;
nos hallarémos allí.

GASTON. ¡Qué escucho! ¿áun puedo esperar
vuestro codiciado amor?...

ESTREL. Os engañais, y ese error
muy caro os puede costar:
tal agravio mi bien trunca
y sin compasion me hiere....
¡La mujer como yo, muere;
mas no se deshonra nunca!

GASTON. Teneis sobrada razon,
y torpemente os juzgué.

ESTREL. ¡En el cielo os hallaré!...

GASTON. ¡No hay para mí salvacion!...
Yá lo veis; ni áun el consuelo
me queda de esa esperanza:
la senda de la venganza
no es el camino del cielo.

ESTREL. ¡Retroceded!

GASTON. ¡Perdonad,
Estrella, mas no es posible!...

ESTREL. (Ésta se aleja, despidiéndose tristemente y enjugándose los ojos. Don Gaston se apoya en el sillon, con desfallecimiento.)
¡Adios para siempre!

GASTON. ¡Horrible
lucha!...

ESTREL. ¡Ni en la eternidad! (Váse, izquierda.)

ESCENA X.

GASTON y TENORIO.—Tenorio, adelantando por el fondo.

TENOR. (Todo se ha perdido, sí:
don Gaston sigue soñando.)

GASTON. (Nunca más, sobre la tierra, (Meditabundo.)
volverémos á encontrarnos,
que aunque me cueste el martirio

este amor, inmenso y santo,
no se manchará las alas
de la impureza en el fango.)

TENOR. ¿Qué teneis, por vida mia?
¿Alcanzar pudísteis algo
de la hermosa forastera?...

GASTON. Déjame: dí que el caballo
preparen.

TENOR. ¿Qué es eso? ¿os vais?
¿Las flechas del niño alado
os punzan? (Sarcásticamente.)

GASTON. Calla, Tenorio;
esa mujer se ha casado.

TENOR. ¡Bah! ¡tanto mejor!

GASTON. ¿Te burlas?

TENOR. No hacen las burlas al caso;
mas si vos la amais y os ama,
todo lo concilia un rapto.

GASTON. Jamás un amante noble
mancilla el objeto amado;
que amor que roba la honra
más que amor es torpe engaño.

TENOR. Inútil es razonar
con locos y enamorados.
¿Y sabeis quién es su esposo?

GASTON. ¡Para qué! no he de buscarlo:
áun cuando fuera, lo juro,
el mayor de mis contrarios,
seguro estaba su honor.

TENOR. ¡Sacrificio desusado!
(¡Todo es en balde!) Serán,
por lo que vais relatando,
amores de trova.

GASTON. Sí:
amores que están muy altos.
Acabemos: en Toledo
mañana estarás; aguardo
que has de inquirir la manera
de que responda don Álvaro

pronto á mi reto, porque ántes
que consiga el maestrazgo
quiero con su sangre vil
borrar la cruz de su hábito.

TENOR. (Voy á prevenir mi idea.)
¿Me daréis poderes amplios
para que cuanto es preciso
sacrifique?...

GASTON. Sí, por dados.
¡Adios!...

TENOR. ¿Os vais?

GASTON. Ni un momento
puedo estar aquí; me abraso:
necesito respirar
el aire libre del campo.
Yá lo sabes, en Toledo
al amanecer.

TENOR. (El diablo
lo arreglará.) Allí Garcés
tiene dispuesto el caballo.

GASTON. (¡Dulce recuerdo de Estrella,
lucha tú con mi ángel malo!)
(Dice estos versos marchándose por el fondo.)

ESCENA XI.

TENORIO.

Todo fué en vano; los freires
desecharon mis promesas,
y con ese amor celeste
del de Lara y la Condesa,
no lograrán asechanzas
dar con su virtud en tierra.
Y es preciso concluir;
sí, las horas huyen, vuelan,
y mañana será tarde:
si Luz propicia se encuentra
será tan rápido el golpe
que ni áun presentirlo puedan.
Todo calla; entre las sombras

se revuelve mi conciencia:
¡Parece que toma cuerpo
al hallarse en las tinieblas!

(Se dirige á la puerta de la habitacion de Estrella y mira por las rendijas con mucho misterio.)

Luz hay en la estancia, sí;
los amantes siempre velan:
mas siento pasos, veamos
quién á interrumpirme llega.

ESCENA XII.

TENORIO y CRISTÓFANO—Cristófano sale por la puerta del fondo y se prepara á alcanzar el farol que ilumina la escena, dejando por única luz la candileja que alumbra la imágen que está sobre la puerta pequeña.

CRIST. ¿Cómo te vá?
TENOR. ¡Hola, Cristófano!
CRIST. ¡Tengo un vaso del añejo
que darte!
TENOR. ¡Gracias!
CRIST. (¡Medita!...)
Uno contra mil apuesto
á que algo en ese magin
ambicioso traes revuelto.
TENOR. Oye, Cristófano. (Con misterio.)
CRIST. ¿Qué?
TENOR. ¿Vienen muchos escuderos
con la condesa de Silva?
CRIST. ¿Te importa mucho?
TENOR. Algo.... (Con intencion.)
CRIST. Un viejo
dormilon y cabelludo
y un jóven de pelo en pecho.
TENOR. ¿Dónde duermen?
CRIST. En la arcada
del patio.
TENOR. ¡No está muy léjos!...

CRIST. Ni muy cerca; como ves,
esta noche caballeros
hay sólo aquí. ¡Tú tan sólo...!
TENOR. Pronto seré como ellos.
CRIST. Hora es yá de recogerse.
TENOR. Yo en la bodega me arreglo.
Yá sabes; soy de la casa.
CRIST. Nada, no te lo consiento;
tú no dormirás jamás.
¡Tienes ambicion!
TENOR. Si velo,
tanto mejor para tí....
Toma en prenda. (Le da un bolsillo.)
CRIST. (Tomándolo.) ¡El bolso lleno!...
¡Adios!....
TENOR. (Muy marcado.) Descansa, Cristófano....
CRIST. Yá sabes, dos escuderos:
un anciano cabelludo
y un jóven de pelo en pecho.
(Váse por el fondo, llevándose el farol. La escena queda alumbrada únicamente por la candileja pequeña.)
TENOR. Yá estoy solo.
(Se acerca hácia la estancia de Estrella, y, mirando y apercibiéndose de que van á abrir la puerta, se recata tras el estribo de la arcada del fondo.)

ESCENA XIII.

TENORIO, oculto: ESTRELLA y LUZ.—Estrella, entreabriendo la puerta, á Luz que sale y se dirige al fondo.

ESTREL. Vé al instante:
que Cota ponga las sillas;
que quiero estar en Toledo
ántes que despunte el dia.
TENOR. Se van. (Oculto en la arcada.)
LUZ. Aún média la noche;
Toledo está léjos.
ESTREL. (Con imperio.) Dicta
sin dilacion esas órdenes:

no puedo aquí estar tranquila.
(Cierra la puerta, quedando dentro.)

LUZ. Como querais. Voy al punto.
(Se dirige á la arcada del fondo, y al pasar le sale al encuentro Tenorio.)
¡Jesus! (Sorprendida.)

TENOR. ¡Qué presto te olvidas
del que dices que amas tanto!...
Te espero con ánsia viva.

LUZ. (¡Comprender apénas puedo
su intencion!)

TENOR. Mas nuestra cita
se ha interrumpido por otra:
tu señora, en compañía
de don Gaston, hace poco
que aquí se hallaba. Eres lista,
y, como yo, habrás podido
verlos.

LUZ. Sí tal.

TENOR. Á fé mia
que amores más romancescos
no los he visto en mi vida.

LUZ. Y bien, qué....

TENOR. Tienes razon:
se malogra esta entrevista,
y voy á que me respondas
prontamente á cuanto diga.

LUZ. ¡Estás torvo!...

TENOR. El caso es grave:
mi cabeza en una pica
he de ver, como don Álvaro
el maestrazgo consiga.

LUZ. Bien, explícate; no entiendo
tus frases cautas y ambiguas;
y aunque sospecho de más
el hilo de alguna intriga,
como tú no me lo muestres
no lo veré.

TENOR. Oye y medita.

Yá sabes que será fácil
que mañana en su capilla
tome tu señor la copa
que el Capítulo le envia.

LUZ. Lo sé: la cruz de su hábito
bordó su esposa con prisa
en el monasterio.

TENOR. Bien...:
Cuando en la recta milicia
de Santïago, algun noble,
sin honra, al maestrazgo aspira,
en vez de la copa de oro
y la espada de hoja limpia,
le dan por premio el destierro,
el baldon y la ignominia.

LUZ. ¡No te comprendo!...

TENOR. Es preciso
que tú des una noticia
á doña Estrella.

LUZ. ¿Y qué es ello?

TENOR. Una desgracia imprevista,
pero inminente, segura,
que podrá matar su dicha
si no se remedia.

LUZ. ¡Creo,
Tenorio, que en vano lidias
con tu ambicion, que me pierde!

TENOR. Dejemos las invectivas
y pensemos en el oro:
tú serás conmigo rica;
que esas delicadas formas
el brocado necesitan.

LUZ. No sé por qué tus palabras,
á mi pesar, me fascinan.

TENOR. Á lo que importa: tú sabes
que doña Estrella de Silva
y el jóven señor de Lara
se amaban de fecha antigua.
Don Gaston despareció

hace un año, y dejó escrita
una carta relatando
la causa de su partida.
Con el de Castro casó
su amada; y hoy, por desdicha,
halla el de Lara en su esposo
aquel que buscando iba.

LUZ. ¡Riesgo es grande!

TENOR. Fácilmente
ese gran riesgo se evita
con que la hermósa Condesa,
pidiéndole gracia, escriba
una carta á don Gaston
que el triste suceso impida.
Si esa carta va al Capítulo,
nada más se necesita.

LUZ. (¡Por fin ví claro!) Tenorio,
eso es una villanía.

TENOR. ¡Luz, cuenta con lo que dices!...

LUZ. ¡Perdóname!...

TENOR. Si vacilas
me matas. Á la Condesa
(Con mucho misterio y en voz baja.)
darás aquí la noticia;
escribirá, no lo dudes:
la carta, después de escrita,
aunque cueste lo que cueste,
yá sabes, ha de ser mia;
que ha de servirme mañana
sin que Lara la reciba.

LUZ. ¿Y si se resiste?

TENOR. Entónces....
veré clara tu perfidia. (Con acento reconcentrado.)

LUZ. (¡Dios mio!) Puede esa carta
ser ceremoniosa.... fria....

TENOR. Yo bien sé que en estos casos
toda pluma se desliza:
¡raudales de viva llama
ha de guardar en sus líneas!

LUZ. Puede suceder.... (¡Yo tiemblo!) (Vacilando.)
TENOR. Por última vez. Si evitas
la ocasion, que Dios te guarde:
nunca más, en nuestra vida,
nos verémos.
(Haciendo demostracion de irse.)
LUZ. Oye, atiende. (Deteniéndolo.)
TENOR. (¡Capitula!)
LUZ. (Resignada.) ¡Haré que escriba!...
TENOR. Gracias, Luz; por tí seré
dichoso.
LUZ. (Caí en la sima.)
TENOR. Pero pasa el tiempo.... corre.
LUZ. Voy á llamarla en seguida.
(Va á abrir la puerta de la habitacion de la Condesa.)

ESCENA ÚLTIMA.

TENORIO, LUZ Y ESTRELLA.

TENOR. (Lo hará: tengo sobre ella
suficiente predominio;
mas será bueno ser cauto;
me ocultaré en aquel sitio.) (Entra en el sótano.)
LUZ. (En la puerta de la habitacion de Estrella.)
¡Oid, señora Condesa!
ESTREL. (Sale con una lámpara en la mano y la coloca sobre la mesa.)
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?
LUZ. Preparáos á sufrir
un golpe duro, imprevisto.
ESTREL. Dime qué nueva desdicha
me cerca; que, por lo visto,
son ellas tales y tantas
que llegan á lo infinito.
LUZ. Siento ser la mensajera;
mas Garcés, que me lo dijo,
y tras su señor marchó....
TENOR. (Desde el sótano, en que está oculto.)
(¡Miente.... el hado está propicio!
ESTREL. ¡Habla pronto, que me tienes

en el potro del martirio!...

LUZ. Si supiérais....

ESTREL. ¡No hablarás...!

LUZ. Sí á fé, puesto que es preciso.
Don Gaston, bien lo sabeis,
rencoroso y vengativo,
busca un hombre....

ESTREL. ¡Acaba, acaba
de abrir el oscuro libro!

LUZ. Señora, ved los rigores
que con vos usa el destino.
Don Álvaro, vuestro esposo,
es de Lara el enemigo.

ESTREL. ¡Me lo temia! Sí, Luz;
todo el horror adivino
de esa historia, que es muy cierta
por lo que á entrambos he oido.
Tú conoces á mi esposo:
colérico, adustó, altivo,
pagado de sus blasones,
diestro en las armas; de fijo
uno de los dos caerá;
su rivalidad concibo.
Son dos lëones que cruzan
por idéntico camino,
y que, cerrándose el paso,
se han parado y han rugido.

LUZ. Vamos, valor; bien podeis
remediar ese conflicto.

ESTREL. ¡Calla, Luz, desdichas tales
entorpecen el espíritu!

LUZ. Sólo un medio puede, acaso,
conjurar ese peligro.

TENOR. (Oigamos.) (Entreabre la puerta.)

LUZ. Pues que Garcés,
su escudero, aquí me dijo
que volvia, bien pudiérais
ponerle á Lara un escrito,
rogando de cierto modo

que no busque á su enemigo.

ESTREL. ¡Nada podré conseguir!...

LUZ. Él es bueno, os ama; antiguos
recuerdos pueden hacer
mella en su pecho, que es digno.

ESTREL. Es peligroso.

LUZ. ¡No tal...!
Mirad; por suerte, allí mismo
recado de escribir hay,
y aquí tengo pergamino:
podeis ponerle esas letras,
pues una cita colijo
que es para vos peligrosa.

ESTREL. ¡Dices bien, Luz... me decido! (Dolorosamente.)

LUZ. Accederá, ¡quién lo duda!... (Con insistencia.)
Nadie á don Gaston ha dicho
que vos sois del Conde esposa;
y al recibir vuestro escrito,
por vos, estoy bien segura,
hará al fin el sacrificio.

ESTREL. ¡No hay remedio! Dos rivales
que con tal saña se han visto
deben matarse. ¿No es cierto?

LUZ. Sí, señora. (¡Qué suplicio!)

ESTREL. Graves fueron y profundas
las ofensas que le hizo
don Álvaro; mas mis letras,
mis súplicas, mis martirios,
bálsamo acaso serán
para su pecho. Es preciso
que á Garcés llames al punto.

LUZ. Él vendrá.... (Tratando de disimular.)

ESTREL. Le necesito.

TENOR. (¡Todo va á perderse!) (Con desconfianza.)
(Se apaga la luz de la lámpara que está sobre la mesa.)

LUZ. Luégo
que escribais. El viento frio
de la noche aquella lámpara
mató; traeré la del Cristo.

ESTREL. (Sentándose en la mesa, dispuesta á escribir.)
Dices bien; mas date prisa.
(¡Vírgen Santa, qué le digo!)
(Luz coge la lámpara del Cristo, y Tenorio, que se apercibe de ello, aprovecha la ocasion para hablarle al paño.—Este diálogo todo á media voz y con rapidez.)

TENOR. Aquí estoy.
LUZ. ¡Bien!
TENOR. Como nadie
ha de venir, cuando escrito
esté el billete, procura
que tu pañuelo de lino
caiga al suelo.
LUZ. Te comprendo.
(Vuelve con la luz hácia la mesa, y la coloca en ella.)
ESTREL. Todo duerme en torno mio;
sólo el corazon cobarde
se rompe á puros latidos.
LUZ. (Sacando el pergamino y poniéndolo sobre la mesa.)
Podeis empezar, señora.
(¡Tenorio vela, es preciso!)
ESTREL. «Don Gaston, por el amor (Escribiendo.)
que os tuve, que os he tenido
y que os tendré....» (Se detiene.)
¡Pluma, ténte!
Con semejante principio
¿á dónde fuera mi honor?....
TENOR. (Pongámonos el rostrillo.)
(Entreabriendo la puerta y poniéndose el antifas.)
ESTREL. «Si algo puede en vos el ruego (Vuelve á escribir.)
de aquel nuestro afecto antiguo...» (Se detiene.)
Tampoco es esto: ¡ay de mí!....
mas yá ¿qué he de hacer? prosigo;
que aunque quiera contenerme
será en balde. (Escribe.)
LUZ. (¡Fuego vivo
llevan las líneas; Tenorio
vence al fin!) (Después de una pequeña pausa.)
ESTREL. Traicion me hizo

la pluma. La firma.... Estrella!

LUZ. (¡Cielos!...) (Dejando caer el pañuelo.)

TENOR. (La señal.)

(Se presenta en escena con un puñal en la mano.)

ESTREL. (¡Vacilo!)

Llama á Garcés. Mas ¿qué tienes?

(Reparando en la turbacion de Luz.)

¡Estás trémula!

(En este momento se ha acercado Tenorio á Estrella, cogiéndola por un brazo: ésta se levanta y lucha por desasirse de él.)

¡Dios mio!...

¡Socorro!...

TENOR. ¡Dadme esa carta!

ESTREL. ¡Villano! ¡Luz, ese escrito!...

(Luchando con Tenorio.)

TENOR. ¡Ni una palabra! (Amenazándola con el puñal.)

ESTREL. (Á Luz.) ¡Traidora!...

¡Matadme!... (Á Tenorio.)

LUZ. (Al mismo.) ¡Ténte!

(Tenorio da con el puñal á Estrella, y se apodera del pergamino.)

ESTREL. (Cayendo desvanecida en el sitial.) ¡Asesino!...

LUZ. (Se aproxima con rapidez á la Condesa, dando voces, en tanto que Tenorio huye por la puerta del sótano, llevándose el pergamino.)

¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Se muere!...

(Á las voces de Luz aparecen por el fondo los escuderos y Cristófano, con una linterna. Se aproximan todos á Estrella, en tanto que ésta y Luz dicen las palabras finales.)

ESTREL. ¡Desfallezco!... (Inclina la cabeza.)

LUZ. (Con desesperacion.) (¡Me he perdido!...)

(Cuadro.—Cae el telon rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de estilo ogival, en la casa solariega de los Castros.—Puerta ancha al fondo, que da á la capilla, cuyo altar se divisa en el centro.—A la izquierda dos puertas, de las cuales, la del primer término, da paso á las habitaciones de la Condesa; y la del segundo, á las de D. Alvaro.—A la derecha, en primer término, puerta que se supone dar á la escalera de mármol del patio; y en el segundo, ventana gótica, con parteluz, que da vista al exterior.—Mesa con tapete y sillon con escudo.

ESCENA PRIMERA.

COTA Y LUZ.—Haciendo ramos de flores para colocarlos en el altar.

COTA. En vano quieres decirme
que lo que ocurrió en la venta
no sabes; para fingir
eres muy niña, doncella,
y lo que ocultan los labios
tu rostro pálido muestra.

LUZ. Seguid poniendo esas flores
en el altar; la Condesa
ha dicho cuanto ha pasado,
y yo, por la vez tercera,
os dije yá que la herida
que recibió doña Estrella
ayer noche, por descuido
de sus servidores....

COTA. Cuenta
con lo que se dice, niña,
que te juro, por la luenga
generacion de mis padres,
que conozco tus cautelas. (Entra en la capilla.)

LUZ. No sé cómo vivo aquí;
por dicha, nadie sospecha
mis amores con Tenorio
y no hablará la Condesa....

COTA. Dicen que el enmascarado (Saliendo.)
era un ladron.

LUZ. Sí, lo era;
mas si vos, como escudero,
no léjos y á pierna suelta
durmiérais, acaso nunca
tal lance ocurrido hubiera.

COTA. ¿Volvemos á las andadas?
Te repito que no es esa
la pregunta; que sospecho
de tí....

LUZ. (¡Cielos!)

COTA. Que si llega
á ser realidad la duda
que ahora mismo me atormenta,
sin compasion hè de ver
en un garfio tu cabeza.

LUZ. (¡Me estremezco!)

COTA. ¡Hola! ¿qué es eso?
¿te pones pálida? ¿tiemblas? (Con intencion.)
no hay por qué; puesto que tienes
limpia y clara la conciencia,
no deben subir las nubes
á tus ojos....

LUZ. Tus sospechas
tan indignas son, buen Cota,
que mi virtud las desprecia.
(Entra en la capilla con un vaso de flores.)

COTA. ¡Yá lo verémos! el diablo,
sin duda, en hacer se empeña
que don Álvaro un momento
de entero placer no tenga.
Hoy, que ha de ser esta casa
envidia de las agenas;
que el maestrazgo de Santiago,

dignidad noble y excelsa,
ha de caer en su dueño;
que en esta capilla mesma
ha de tomar la gran copa
para que sirva en su mesa,
se ha extendido, cual delante
del sol una nube negra,
ese endiablado misterio
de la maldecida venta.
Y lo que es ladron, seguro
estoy de que no lo era,
pues que su collar de oro
trajo al cuello la Condesa;
y joya de tal valía
no fácilmente se deja.

LUZ. (Saliendo de la capilla.)
Al pié de Nuestra Señora
he puesto las azucenas.
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

COTA. Siento pasos: es el Conde.
Piedad de él y de mí tenga
el Cielo.

ESCENA II.

COTA y D. ÁLVARO.—Éste sale por la segunda puerta de la izquierda y se adelanta meditabundo.

ÁLVARO. ¡Ladron que hiere
cuando haber pudo el tesoro,
no apreciará mucho el oro,
ni es la plata lo que quiere!

COTA. ¡Señor!...

ÁLVARO. ¿Qué hace el escudero?

COTA. Yá lo veis, pongo el altar
brillando; os ha de admirar
esta tarde el mundo entero.

ÁLVARO. ¡Honores! ¡dichas! ¡placeres!...
cuestan mucho y valen poco.
Oye, Cota, soy un loco;

mas ¡sufro tanto! ¡qué quieres!...
En esa venta maldita,
donde hirieron á mi Estrella,
¿estabas siempre con ella?
¿no se anudó alguna cita
de amor? porque, bien pensado,
por más que en mi mente gira,
me parece una mentira
todo lo que me has contado.

COTA. Señor, respetad mis canas:
su servidor soy más fiel
y nunca.... ¡pese á Luzbel!
usé mentiras villanas.

ÁLVARO. De la Condesa la herida (Cabizbajo.)
mi flaca razon agota.
Ese rasguño, buen Cota,
ha de costarme la vida.

COTA. ¡Raro caso!

ÁLVARO. ¡Que me espanta!
Este lance malhadado
un recuerdo del pasado
en mi cerebro levanta.
¡Tengo celos! celos tales,
y sospechas tan agudas,
que más que celos y dudas
son tósigos y puñales.
¿Por qué, Señor, tu clemencia
es sorda á vèces al llanto?
¿Por qué yo, que lloré tanto,
siento peso en la conciencia?
Cota, Isabel de Salcedo
airada se me presenta,
y de su sombra sangrienta,
á mi pesar, tengo miedo.

COTA. Sin razon perdeis la calma
fatigando la memoria.

ÁLVARO. Es que mi pasada historia
surge dentro de mi alma.
Bien te acordarás; yo un dia

á Salcedo mancillé,
y á su hogar limpio llevé
la deshonra y la agonía.
Como yo, sí, aquel esposo
—bien de ello memoria hago—
maestre de Santïago
iba á ser; noble y dichoso
se preparaba á vestir
el hábito de estameña,
y la sacrosanta enseña
del prelado á recibir.
Yo me puse en su camino;
yo manché su honra y su nombre:
hoy, la suerte de aquel hombre
me recuerda mi destino.
Yo debo caer tambien
como Salcedo cayó;
esa es la ley: ahora yo....
serémos quién para quién.
Por eso, en mi afan ardiente,
veo en las tinieblas alzadas
torvas sombras enlutadas,
que van hiriendo mi frente;
y, perdida la razon,
siento, en tan duro castigo,
no tener un solo amigo
que me arranque el corazon.

COTA. ¡Callad, señor! Del pasado
no evoqueis sombras sangrientas:
dejad correr las tormentas,
que aquí está el cielo azulado.
Vuestra esposa, casta y pura
es; si el puñal de un bandido
su hombro nacarado ha herido,
leve fué la desventura.
Hasta el lecho conyugal
Salcedo al fuego entregó,
y en las llamas pereció
su hijo la noche fatal.

Nadie, pues, ha de venir
á pedir cuenta del lance,
ni poder habrá que alcance
vuestra gloria á interrumpir.

ÁLVARO. ¿Gloria dices? ¡Mundo vano
el que la dicha eslabona
á la brillante corona
del inquieto soberano!
Por una poca de paz,
recogida entre sudores,
diera todos mis honores,
con su brillantez fugaz.

COTA. ¿No la teneis?

ÁLVARO. Poco sabes
de pesares y agonías;
hay dias sin sol, negros dias
en que ni áun cantan las aves.
De esos dias tiene tantos
mi existencia, que presumo
que son mis placeres humo
y lápidas mis quebrantos....
Yo vivo ansioso de amor;
siento aún bullir un volcan,
y sólo hielo me dan.
¿Viste sarcasmo mayor?
Mas ¿quién viene?

COTA. Doña Estrella.

ÁLVARO. (Que saltan mis sienes creo.)
Déjame, Cota; deseo
hablar á solas con ella.

COTA. (No quiero amargar su vida,
mas debe tener razon.
Sabré quién es el ladron,
Luz me dirá su guarida;
y, si lo llego á encontrar,
sin más dilacion ni trato,
pese á quien pese, lo mato
y lo mando desollar.)

(Cierra la capilla y váse por la derecha.)

ESCENA III.

D. ALVARO y ESTRELLA.—Ésta sale por la primera puerta de la izquerda.

ÁLVARO. Dicha es para mí cumplida
veros al fin á mi lado.
ESTREL. El lecho há poco he dejado.
ÁLVARO. ¿Cómo os va de vuestra herida?
ESTREL. Estoy bien; no os preocupe
mi malestar.
ÁLVARO. ¡Harta pena
siento; que vos sois muy buena
y yo cumplir bien no supe!
ESTREL. No acierto por qué.
ÁLVARO. Pues clara
es la razon á fé mia:
vuestro esposo no venía
con vos; y eso no pasára
si, dejando el ministerio
de su encomienda enojosa,
fuera á buscar á su esposa
al fondo del monasterio.
ESTREL. Justa causa os tuvo aquí,
y yo culparos no puedo.
ÁLVARO. (Nunca quedára en Toledo.)
ESTREL. (¡Nunca tornára de allí!)
ÁLVARO. Pienso, Estrella, que es extraño
el lance que os ha ocurrido.
¡Mal ladron, torpe bandido
es ese, si no me engaño!
ESTREL. (¡Tiemblo!)
ÁLVARO. Sí; ladron que hiere
dejando intacto el tesoro,
no se saciará con oro,
ni es la plata lo que quiere.
Vos al cuello ese collar
conservásteis, y yo sé
que si el ladron os lo vé

no lo deja sin robar.

ESTREL. Yo os juro que.... (¡El juicio pierdo,
Dios mio!)

ÁLVARO. (¡Cielos, se inmuta!)
No jureis: ni se os imputa
crímen alguno, ni es cuerdo,
puesto que vos sois honrada,
y esposa mia ante todo,
que asegureis de ese modo
el lance de la posada.
Pues que está vuestra inocencia
probada, poco os va en ello;
si el collar habla en el cuello,
dentro hablará la conciencia.

ESTREL. Vuestras palabras, señor,
dudas cubiertas parecen.

ÁLVARO. (¡Sí, dudas torvas que crecen!)
¿Quereis que os hable de amor?
Tiempo es yá de que concluya
el falso ceremonial;
que del techo conyugal
el árido trato huya.
Vuestra cámara y la mia,
tanto tiempo separadas,
en una sola trocadas
serán de noche y de dia.
Y vos no estaréis aquí,
sola, en retiro profundo;
que, como el sol, en el mundo
brillaréis cerca de mí.

ESTREL. Nuestro enlace bien sabeis
que en vos más fué caridad
que amor.

ALVARO. ¡Estrella, callad,
callad y no blasfemeis!...
Yo os prometí que jamás
amor os exigiria,
cuando yá tanto os queria
que no os pude querer más.

Huérfana y sola os quedásteis;
y, ántes de daros mi nombre,
el muerto amor de otro hombre
llorando me confesásteis.

ESTREL. De cuanto yo poseia
os quise ceder la palma;
si no os dí tambien el alma
fué porque yá no era mia.

ÁLVARO. Bien lo sabeis; aunque Dios
nos unió en eternos lazos,
jamás caí en vuestros brazos....

ESTREL. ¿Y me lo exigísteis vos?...

ÁLVARO. Sí á fé; mas nunca en mis ojos
aprendísteis á leer.
¿Cómo pretendeis saber
mis ánsias y mis enojos?
Cuando de sudor cubierta
la sien, y tinta la malla,
cansado de la batalla
buscaba dicha más cierta;
cuando la lanza enemiga
tocaba un punto á mi pecho,
rompiendo el enlace estrecho
del peto ó de la loriga;
cuando de la fiebre lenta
el insomnio maldecido
sobre mi lecho encendido
pasaba cual la tormenta,
yo, á solas con mi dolor,
hecho el corazon pedazos,
buscaba siempre esos brazos,
buscaba siempre ese amor.

ESTREL. Bien sabe el Cielo que os quiero,
que os respeto....

ÁLVARO. ¡Basta, Estrella!
Si nada en vos hace mella,
si el pecho teneis de acero,
algo debe haber en él
que á la piedad no da entrada....

¡Ó no sois bastante honrada,
ó no sois bastante fiel!

ESTREL. Señor, debeis estar loco
cuando á mi honor atentais,
y sin duda no pensais
que es tener el vuestro en poco.
¡Ved que me sobra razon
y que soy honrada y fiel!
¡No hay águila ni corcel
más libre que el corazon!
¿Quereis probar lo que os digo?
Pronto lo veréis, por Dios.
¡Lo que yo no hice por vos
hacedlo, pues, vos conmigo!
¡¡Aborrecedme!!

ÁLVARO. ¡Señora!...

ESTREL. ¡Yá veis si es prueba segura!...
¿Midiendo mi desventura
por qué me ultrajais ahora?
¿Acaso una lengua impía
atrevióse...?

ÁLVARO. ¡No hay tal mengua,
pues si existiese esa lengua
la arrojára á mi jauría!
Sólo yo, pues que no hay ley
que en mis sentimientos mande,
y que sin ser ménos grande
soy de mi solar el rey,
puedo poner en el fiel
de mi fallo soberano
desde el crímen del villano
hasta el alma de la infiel.
Á decirme vais al punto
lo que en la venta pasó.
¿Por qué y cómo se os hirió?
¡Respondedme, que os pregunto!...

ESTREL. (¡Fatal estrella la mia!)
Poco responderos puedo:
ni el fallo me causa miedo,

ni jamás lo esquivaria.
Os juro....

ÁLVARO. ¡Vuelta á jurar!
¡Dáisme con ello tormento,
y ese fácil juramento
vais aquí á solemnizar!...
(D. Álvaro, furioso, abre la capilla.)

ESTREL. (En tanto que D. Álvaro vuelve hácia ella.)
¡Ante la Vírgen! ¡Perdon,
santa sombra de mi madre!

ÁLVARO. ¡Venid!... (Volviendo y cogiéndola por un brazo.)

ESTREL. ¡Nunca!...

ÁLVARO. ¡Aunque no os cuadre
haréis esa confesion!

ESTREL. ¡Loco estais!...

ÁLVARO. ¡Nó, estoy celoso!

ESTREL. ¡Matadme!

ÁLVARO. Nó, viviréis;
pero quiero que jureis.
¡De rodillas!...

ESTREL. ¡Y es mi esposo!...
(Álvaro pugna porque se arrodille Estrella.—Reloj que da las seis).

ESCENA IV.

DICHOS: COTA, entrando por la derecha.

COTA. Señor....

ÁLVARO. ¿Quién va? (Transicion muy marcada.)

COTA. Yá es la hora:
debeis vestiros el hábito.

ÁLVARO. (¡Importuno!)

ESTREL. (¡Dios te pague
el favor!)

COTA. (¿Qué habrá pasado?)
Pronto vendrán en Capítulo
los treces de Santïago,
con los freires de la Órden
y los nobles toledanos.

Sobre la torre cuadrada
ondea el pendon de Castro;
los pajes, de seda y oro,
lucen escudos bordados.
Abierta está la gran puerta,
aunque cerrada al villano,
y pronto, de este recinto,
se llenarán los escaños.

ÁLVARO. Bien, Cota, bien....

ESTREL. (¡Y esa carta
entregada á viles manos!...)

COTA. (¡No sé por qué tengo hoy
presentimientos extraños!)
¿Queréis que os sirva?

ÁLVARO. Sí, sígueme.
Y vos, señora, cuidáos
de que escuderos y pajes,
en este solemne acto,
den cumplido acatamiento,
en la escalera de mármol,
con antorchas encendidas,
á los que vayan entrando.

ESTREL. Perdonadme si os recuerdo
que os bordé la cruz del hábito,
y que conservo en mi estancia
la capa.

ÁLVARO. Lo he recordado;
y á fé que, con tal motivo,
luégo he de hacer por contaros
una historia peregrina.... (Con intencion.)

ESTREL. (¡Cielos!...)

ÁLVARO. ¡De la cruz de un hábito!...
¡Ved qué rara coincidencia;
como yo estaba esperando
ser maestre este que os cito,
y fué muerto ántes del acto!

ESTREL. ¡Tened piedad de mis duelos!... (Ap. á D. Álvaro)

ÁLVARO. ¿La tuvísteis de mí? (Ap. á ella.) Vamos. (Á Cota.)
(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

COTA. (El ladron de la posada
tiene en esto que ver algo.) (Idem.)

ESCENA V.

ESTRELLA sola.

¡Vírgen santa! Tú, que sabes
por qué el mar se duerme en calma,
por qué florece la palma
y por qué cantan las aves,
dime qué pecados graves
voy purgando en este suelo;
presta un soplo de consuelo
á mi dicha, que se cierra,
y señálame en la tierra
la senda que lleva al Cielo.

Tú sabes que aquí, en mi pecho,
bulle un amor santo y puro;
que está mi honor tan seguro
como está el mar en su lecho.
Mucho por borrarlo he hecho;
y si no pude lograrlo,
conseguí yá confinarlo
á tan prodigiosa altura,
que el alma, con ser tan pura,
apénas podrá alcanzarlo.

En vano luchando estoy
con la tempestad terrena;
siempre se mueve la arena
por el desierto en que voy.
Nave abandonada soy
en los mares extendidos....
¡Madre de los afligidos,
mándame un rayo de luz,
que yá el peso de la cruz
tiene mis hombros rendidos!

(Cae de rodillas, en tanto que Luz sale por la izquierda con el hábito en una bandeja, la cual coloca sobre la mesa.)

ESCENA VI.

ESTRELLA y LUZ.

ESTREL. ¡Ah! ¿eres tú? (Reparando en Luz.)
LUZ. Sí.
ESTREL. (Estoy segura
que aquel cobarde atentado
fué obra suya.) Bien venida,
Luz; te buscaba hace rato.
LUZ. Señora, como esta tarde
ha de servir para el acto
esta capa, y luégo....
ESTREL. Basta:
corre el tiempo, hablemos claro,
que tengo pendiente el alma
de tu voz y de tu labio.
LUZ. Decidme. (Disimulemos.)
ESTREL. ¿Quién era el enmascarado?...
LUZ. No lo sé, señora...
ESTREL. ¡Mientes!
Cuando el puñal levantando
vino hácia mí, cuando el riesgo
era inminente, mis brazos
se tendieron hácia tí;
mas como estátua de mármol
permaneciste.
LUZ. Aquel hombre
helaba mi sangre.
ESTREL. En vano
miente tu lengua, que al rostro
sube el color del pecado.
Esa carta, cuyas letras,
corriendo de mano en mano,
ponen mi honor, como pluma,
á merced del aire vago,
vas á decir dónde está:
ni suplico ni amenazo;
pero mis sospechas crecen

y Cota te está celando.

LUZ. (¡Es preciso huir!) Señora,
me haceis un injusto agravio,
cuando yo en vuestro servicio
pienso tan sólo entretanto.
¡Don Gaston está en Toledo!...

ESTREL. Nada me importa; he jurado
no verle más en la tierra.
Ni yo de esta casa salgo,
ni tus torpes liviandades
han de manchar mi recato.
Mas.... silencio.

(Viendo que aparecen el Conde y Cota en la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VII.

DICHAS: D ALVARO y COTA.—D. Alvaro se dirige á la mesa. Estrella se acerca tambien á ella, seguida de Luz, y le presenta el hábito bordado.

ESTREL. ¡Ved aquí
la cruz para vos bordada!....
(¡La que llevo es más pesada!)

ÁLVARO. (¡Quién sabe!...)

LUZ. ¡Nada igual ví!...

COTA. ¿Quereis ponéroslo?

ÁLVARO. Espera,
que esa cruz en mi memoria
despierta una extraña historia,
que será bien que os refiera.
Oidme.

ESTREL. (¡Sombrío está!)

LUZ. (¡De terror temblando quedo!)

ÁLVARO. No ocurrió el lance en Toledo.

COTA. (¿Á qué lo recordará?)

Comienzo, pues, á contaros:
Érase una castellana

de blasones muy preclaros,
con ojos grandes y claros
como el sol de la mañana.

Cuando cruzaba el rastrillo,
ó se asomaba á una almena
de su elevado castillo,
era, por fresca, el tomillo;
y, por blanca, la azucena.

Por eso, rimas y glosas
le hicieron galanes mil
en cien trovas amorosas;
que siempre van mariposas
buscando flores de Abril.

Uno de ellos fué su esposo;
—bien de esto memoria hago—
era noble y poderoso,
caballero valeroso
de la órden de Santiago.

Mas, aunque ella fué sumisa
al altar, segun se cuenta
estaba en amar remisa;
que la niña era la brisa
y el mancebo la tormenta.

Una noche, que bordaba
sobre el hábito una cruz,
que á su esposo dedicaba,
el cual lucirla esperaba
del dia á la primer luz,

Por sueño terco vencida
inclinó la sien hermosa;
pero, poco precavida,
sobre un escaño, perdida,
dejó una prueba afrentosa.

Letras eran de un doncel
que se puso en su camino,
y anduvo en ello Luzbel;
puesto que en el punto aquel
su esposo halló el pergamino.

¿Vísteis el leon perdido
del Asia en la roja arena,
por la flecha aguda herido,
lanzar el primer rugido
y sacudir la melena?

Pues así el que yo no os nombro
lanzóse, sin vanos miedos,
sobre ella, y áun hoy me asombro;
que señales de sus dedos
quedaron sobre su hombro.

Al despertar, la cuitada,
halló al esposo delante,
con la muerte en la mirada;
estaba tan preocupada,
que creyó que era su amante.

Un grito lúgubre, ahogado,
tan sólo es lo que retumba
bajo el gótico calado;
en aquel solar manchado
en que iba á alzarse una tumba.

—Hoy parto al suelo andaluz,—
dijo el esposo—esto es hecho;
dame tú un rayo de luz.
¿Quieres que acabe esa cruz
con la sangre de tu pecho?

¡Usas roja seda! ¡yo
puedo usar bien licor rojo!—
é hízolo cual lo pensó.

—¡Mira—dijo—dónde mojo!...—
y el hierro en su seno hundió.

Aquel sangriento puñal
manchó la blanca estameña;
y hoy la horrorosa señal,
para escarmiento, se enseña,
de la esposa desleal....

COTA. Algo de la historia queda... (Aparte á D. Álvaro.)
ÁLVARO. El resto, impreso está aquí.
(Á Cota, y señalando al pecho.)
ESTREL. (¡Yo desfallezco, ay de mí!)
LUZ. (¡Huiré de aquí cuando pueda!)
ÁLVARO. Mas con sentimiento veo
que os entristeció el relato:
ni yo de afligiros trato
ni ha sido tal mi deseo.
ESTREL. Esa historia original
en tal hora y en tal dia....
ÁLVARO. Sí, olvidarse deberia.
Cota, que hagan la señal
para que, sin dilaciones,
hasta este recinto entren
los que en el patio se encuentren,
caballeros é infanzones.
ESTREL. (¡Sufre y calla corazon!...)
COTA. (Tal vez sin causa la humilla.) (Váse por la derecha)
ÁLVARO. Yo he de entrar en la capilla
á elevar una oracion.
ESTREL. Os pondré el manto, si os place,
pues próxima está la hora. (Le pone el manto.)
ÁLVARO. Os agradezco, señora,
tal interés; poco hace
que aquí os falté y me arrepiento,
ESTREL. Luz, vé y avisa á los pajes.
LUZ. Voy. (Váse por la segunda puerta de la izquierda.)
ESTREL. ¡Señor, vuestros ultrajes,
son un perpétuo tormento!

ESCENA VIII.

ESTRELLA y D. ÁLVARO.

ÁLVARO. Olvidad cuanto ha pasado,
que yo, cumpliendo con Dios,
acaso encuentre la calma
tambien.

ESTREL. Que vuestra oracion
caiga como nuevo bálsamo
sobre vuestros celos.

ÁLVARO. ¡Oh!
No volvedme á mis recuerdos:
os lo suplico.

ESTREL. (¡No huyó
el vértigo de su mente
todavía!) Que el honor
que á recibir vais muy pronto,
al alcanzar el pendon
del maestrazgo, os dé dichas.

ÁLVARO. ¡Dichas!... (Tristemente.)

(Aparecen los pajes con hachas encendidas, colocándose á ámbos lados de la puerta de la capilla.)

ESTREL. Ved, los pajes son.

ÁLVARO. Vos no podeis asistir
á la ceremonia....

ESTREL. Nó....
pero en mi reclinatorio
rezando os aguardo.

ÁLVARO. ¡Adios!
(¡Áun llevo en el pecho vivo
y ensangrentado el arpon!)

(Atraviesa la escena lentamente, penetrando, precedido de los pajes, por la puerta del fondo, la cual cierran.—Estrella se retira á su habitacion.)

ESCENA IX.

LUZ y COTA.—La escena queda un momento sola; despues aparece Luz, con manto, por la segunda puerta izquierda.

LUZ. Nó sé dónde huir, conmigo

va el negro remordimiento;
abandonaré esta casa,
donde tanto mal he hecho,
y veré si da Tenorio
á mis sacrificios premio.
Al asomarme á la reja
le ví pasar sonriendo:
algo trama, aquella carta
está en su poder; volemos,
que el tiempo pasa.

(Atraviesa rápidamente la escena, y al salir la detiene Cota en la puerta de la derecha.)

COTA. ¡Hola, niña!
¿dónde así con manto negro?
LUZ. Órdenes de doña Estrella....
quehaceres....
COTA. Malo va eso.
Mis sospechas ¡vive Cristo!
pasando van hoy á hechos.
Ó me dices lo que tramas,
ó vas á probar mi acero.
LUZ. Me amenazais, ¡gran proeza!
COTA. ¡Confiesa, Luz.... por el Cielo!
LUZ. Daré voces.
COTA. Terca eres;
y aunque á las faldas respeto,
voy por tí á romper la regla.
¡Vén, infame!
LUZ. ¡Perdon!...

ESCENA X.

DICHOS: TENORIO.

TENOR. (Entrando é interponiéndose.) ¡Viejo!
dejad, por Dios, á esa dama.
COTA. ¿Qué os importa?
TENOR. La defiendo;
que ofender faldas no deben
ni áun los malos escuderos.

COTA. Válgaos la ocasion llegada. (Á Luz.)
TENOR. No temas; espera adentro. (Aparte á idem.)
LUZ. (El destino lo ha querido.)
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)
TENOR. Guiad á esos caballeros,
y no profaneis lugares
á los que debeis respeto.
(Váse Cota por la derecha.)

ESCENA XI.

TENORIO: despues GASTON y grupos de CABALLEROS.

TENOR. No ha sido mala fortuna
(Dirigiéndose á la izquierda de la escena.)
el encontrarme á su lado:
todo va como pensaba,
sigue propicio el diablo.
(Entran Gaston y Caballeros por la derecha.—Éstos vienen vestidos indistintamente, unos con traje de corte, y otros con el manto capitular de la órden de Santiago: Gaston será de éstos últimos; Tenorio vestirá de corte.—Dos Caballeros presidirán cada mitad de este acompañamiento.)
Venid acá, don Gaston. (Le habla en voz baja.)
CAB. 1.º Se murmura que habrá escándalo.
CAB. 2.º Dícese que, en el Capítulo,
los freires han protestado....
GASTON. Tus misteriosas palabras (Á Tenorio.)
me tienen mudo hace rato;
mas yá lo sabes, si quieres
que el triunfo de mi contrario
presencie....
TENOR. ¡Veréis su infamia!
GASTON. Por tu causa retardando
voy mi reto; y si no cumples
lo prometido, el condado
se trocará en la picota:
que fuera cobarde agravio
hacerme gustar la gloria
del que quiero condenado.
TENOR. Tan cumplida habrá de ser

vuestra venganza, que aguardo
que me pidais compasion.

GASTON. ¿Para quién?

TENOR. Para el de Castro.

(Relój que da las siete.)

CAB. 1.º Dando está la hora.

(En este momento se abre la puerta del fondo y aparece D. Álvaro, precedido de los pajes.)

CAB. 2.º ¡El Conde!

TENOR. (Haciendo señas á Gaston para que se fije en él.)
¡Allí le teneis...!

GASTON. (Forcejeando con impaciencia y queriendo echar mano á la espada, lo que no consigue porque Tenorio se lo impide.)
¡Mi mano
busca de la espada el pomo
instintivamente! ¡Ancho
sendero da á mi venganza,
Tenorio!...

TENOR. (Ap. á Gaston.) Tal os la guardo,
que pedir más ambicion
fuera.

ÁLVARO. (Dirigiéndose á los Caballeros, como en solemne arenga.)
Nobles toledanos,
caballeros de la Órden
y cumplidos fijosdalgos:
gran honra alcanza mi casa
en teneros congregados,
y enorgullecerme pueden
merecimientos tan altos.
Hoy debo heredar la copa
de aquel maestre esforzado
que á la victoria llevára
nuestro pendon sacrosanto.
Yo, al frente del enemigo,
en la batalla, llevándolo,
ántes que la santa enseña
dejaré arrancar mi brazo.

GASTON. (Logrando desasirse de Tenorio, y en ademan de reto.)
Siempre fué austera virtud

ser en las palabras parco;
que el valor, no en los salones
se prueba, sino en el campo.

TENOR. Don Gaston, vuestra imprudencia (Ap. á Gast.)
matará mis planes.

CAB. 1.º ¡Áspero
fué el razonamiento!

ÁLVARO. Un sueño
me parece lo que hablaron.
Sabed, quien quiera que fuéreis,
que, á juzgar por vuestro labio,
más que leal caballero
pareceis noble villano;
que á no estar en esta casa,
cuyo suelo no ha manchado
más planta vil que la vuestra,
desde que la edificaron,
os arrancára la lengua,
con la cual habeis osado
bajar á vuestro nivel
á quien sabe estar más alto.

GASTON. Probar pudiera al Maestre
lo que dije.

TENOR. (Ap. á Gaston.) Reportáos,
por Luzbel.

GASTON. Nó: ni en blasones
le cedo, ni el maestrazgo
me ha de importar para verle
á mis plantas humillado.

ÁLVARO. ¡Miserable! ¿Á vuestras plantas?...

TENOR. Los treces llegan. (¡Calmaos!) (Á Gaston.)

ÁLVARO. ¡Esperad breves momentos! (Á idem.)

TENOR. ¡Tened paciencia! (Ap. á idem.)

GASTON. Os aguardo. (Á D. Álvaro.)

(Los Caballeros se dividen en dos filas, quedando D. Álvaro al frente de ellos. Gaston y Tenorio siguen en el ángulo de la izquierda, tambien en primer término.)

ESCENA XII.

DICHOS y los TRECES.

ÁLVARO. Pasad, nobles caballeros;

(En este momento aparecen el Prior y dos Treces de la Órden, precedidos de pajes con hachas.—Aquél viste trage benedictino, sobre el cual ostenta la cruz de la Órden.)

mas pienso que abajo queda
gran copia de acompañantes,
capitulares y enseñas.

PRIOR. ¡Solos venimos!... .

ÁLVARO. ¿Qué es esto?
(Alguna desdicha nueva.)

CAB. 1.º Falta la copa de oro.

CAB. 2.º El obispo atrás se queda.

TENOR. (Saboread la venganza,
don Gaston, que está muy cerca.)

PRIOR. Cumple al ilustre Capítulo,
aunque bastante le pesa,
llenar una alta mision.

ÁLVARO. Órdenes para mí estrechas
son las de los nobles treces
que el Capítulo congregan.
Hablad.

TENOR. (Don Gaston, oid.)

ÁLVARO. (¡Fuego corre por mis venas!)

PRIOR. Despues de que en voto unánime
la noble y alta asamblea
que representamos, hubo
hecho en vos eleccion buena
del maestrazgo, expidiendo
á nombre vuestro su cédula;
luégo que selló la copa,
y mandó que con la enseña
os fuese entregada hoy,
en vuestra capilla mesma,
una dura acusacion....

ÁLVARO. ¿Qué decís?...

PRIOR. Con vivas pruebas,
fué presentada á los treces.
ÁLVARO. ¿Y ellos...? (Con ansiedad.)
PRIOR. La han tomado en cuenta.
ÁLVARO. ¡Calumnia infame! ¿Y de qué
se me acusa?
PRIOR. Tan secreta
fué la deliberacion,
que decíroslo nos veda;
mas no tendréis vos la copa,
ni vuestro alférez la enseña,
porque digno de honra tal
no os halla, como quisiera.
ÁLVARO. (Con furor creciente.)
¡Mentís vos, miente el Capítulo,
miente todo el que lo crea;
y aunque el rey con ella vaya,
miente la Órden entera!
PRIOR. ¡Ved mis canas!...
ÁLVARO. Las respeto;
mas la verdad es más vieja.
¿Es por ventura más noble
que mi casa solariega
el solar de esos hidalgos
con pendones y calderas?
¿Vencieron más agarenos
que yo vencí en la pelea,
ó tienen en sus escudos
más motes y más empresas?
¡Decid, pues, mal enviado,
á esa tan noble asamblea,
que con calumnias infama
y con mentiras afrenta,
que la sangre rëunida
de toda la estirpe régia,
de que hacen gala en sus árboles
Toledos y Talaveras,
no vale lo que una gota
de la que corre en mis venas!

PRIOR. ¡Gran sentimiento es el nuestro!...
Mas ¿qué quereis?

ÁLVARO. (Furioso.) ¡Pruebas! ¡¡Pruebas!!

TENOR. (Adelantándose lentamente hasta el centro, y entregándole á D. Álvaro un pergamino.)
(Tiempo es yá de dar el golpe
de gracia.) Y bien, ¿sirven éstas?
Porque si os parecen débiles,
y tanto el orgullo os ciega,
tal vez las lleve en el hombro
vuestra esposa.

ÁLVARO. ¡La Condesa!...
¡¡Y no se desploma el cielo!!...
¿Quién sois vos?

TENOR. ¿Qué os interesa?
Soy un hombre que os complace,
pues lo que pedís os muestra.

GASTON. Don Álvaro, no olvideis
que un enemigo os espera.

ÁLVARO. ¡Oh! ¡Esos hombres!... ¡Este escrito!...
¿Qué es esto? ¡Bondad suprema!
¿Es que solo hay yá verdugos
sobre la faz de la tierra?

GASTON. (No comprendo.... ¿El pergamino
qué contendrá?)

ÁLVARO. ¡Sí, es su letra....
su letra!... «Si algo en vos puede (Leyendo.)
aquel nuestro afecto....» ¡Excelsas
techumbres de este solar,
cuyas honradas maderas
cubrieron mi limpia cuna,
vuestros escombros me envuelvan;
que todo el peso de un mundo
necesita mi vergüenza!

PRIOR. Nos volvemos, del mensaje
á dar detallada cuenta.

(Movimiento en todos como para retirarse, excepto Gaston y Tenorio, que quedan á la espectativa.)

ÁLVARO. ¡Aguardad! (Siento que sube

sangre, sangre á mi cabeza....
¡Adúltera! ¡Infame!...) (Transicion.) Sí;
dia es de solemne fiesta,
y no quiero que os vayais
sin que la goceis completa.
Si falta mi copa de oro,
no faltarán copas llenas
de licor tal y tan caro
que se espante el que lo beba.
Y si no hay luces vistosas
ni refulgentes candelas,
habrá funerales hachas
que alumbren honras que mueran.

CAB. 1.º ¿Que vá á pasar?

CAB. 2.º ¡Estremece!

ÁLVARO. Este pergamino encierra
una acusacion infame;
mi honra está pendiente de ella,
y se ha de lavar hoy mismo
en esta sala suprema.

PRIOR. Ved que no es cuerdo....

ÁLVARO. Sí tal.
Aunque el uso no lo expresa,
el fallo y la ejecucion
van á unirse en una pieza.
¡Tened calma vos! (Á Gaston.) ¡Y vos (Á Tenorio.)
esperad, cobarde!...
(Á los Caballeros.—Transicion muy marcada, en que quiere ocultar la lucha de encontrados sentimientos que le animan.—Se recomienda al actor el estudio de este momento.)
Ésta,
caballeros, es tan sólo
una interrupcion pequeña.
(Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos D. ALVARO.—Los Caballeros se reunen en vários grupos, hablando y comentando el hecho tumultuosamente durante el poco tiempo que tarde en aparecer D. Alvaro.

TENOR. (Acercándose á Gaston con aire sarcástico.)
¿Estais satisfecho?
GASTON. ¡Dime
al punto qué carta es esa!...
TENOR. Torpe sois....
GASTON. ¡Dímelo!...
TENOR. (Señalando á la puerta por donde desapareció D. Álvaro.)
Ved,
á don Álvaro que llega.
GASTON. ¡Cielos!
TENOR. ¿Qué teneis?
GASTON. ¡Infame!
TENOR. Ved si os he vengado en regla.
TODOS. ¡¡Su esposa!! (Conmocion general.)
GASTON. (¡Mayor desdicha
no puede haber! ¡Es mi Estrella!)

(D. Álvaro adelanta ceñudo, arrastrando á su esposa hasta el proscenio.—Los Caballeros le abren paso, quedando convenientemente situados para que el público se fije en la escena detallada que sigue.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: D. ALVARO y ESTRELLA.

ÁLVARO. Señora, alzad la cabeza.
ESTREL. (Trémula y avergonzada.)
¡Vuestra audacia me confunde!
ÁLVARO. Ved que el que la frente hunde,
convicto y confeso empieza.
Vais á oir la acusacion

y á defenderos tambien;
porque aquí, entendedlo bien,
ha de ser la expiacion.
¡Del honor que os entregué
vais á darme estrecha cuenta!
Yo mismo juez de mi afrenta,
á pesar vuestro, seré.

ESTREL. Sospecho que estais demente,
mas mi vergüenza me arredra:
al arrojarme la piedra,
os herís vos en la frente.

ÁLVARO. Os engañais, que es probado,
sin que duda alguna tenga,
que el esposo que se venga
ántes queda más honrado.
¡Cuantos aquí estais oid,
que el nombre limpio de Castro
no permite impuro rastro!...
(Á Estrella, presentándole el pergamino.)
¡Este escrito desmentid!

ESTREL. (Reconociéndolo y desfalleciendo.)
¡Cielos! ¡mi carta!...

GASTON. (Á Tenorio, que trata de detenerlo.) Dejadme,
que ayuda en su duelo impetra.

TENOR. ¿Estais loco?

ÁLVARO. (Á Estrella.) ¿Es vuestra letra?

ESTREL. Sí... (Con desaliento.)

ÁLVARO. ¡Y vive! (Con furor reconcentrado.)

GASTON. ¡Cielos!

ESTREL. (Con desesperacion.) ¡Matadme!

ÁLVARO. ¡Sí haré!...

(Gaston se sale del grupo y se dirige resueltamente á Estrella, poniéndose ante D. Álvaro, que le mira sin comprender sus intenciones.)

GASTON. Nó tal; ¿estais loco?
esa mujer no es culpable.

ÁLVARO. ¿Y os atreveis...? ¡Miserable!
no escaparéis vos tampoco.
¡Sombra, fantasma ó vision,

siempre os encuentro delante!...

TENOR. ¡Es el amante! (Con acento diabólico.)

ÁLVARO. ¡El amante!...

¡Muere, infame!... ¡Maldicion!

(Durante los dos últimos versos, y al hacer Tenorio la declaracion, D. Álvaro se arroja, acero en mano, contra Gaston, que va á defenderse.—Un grupo de Caballeros detiene á D. Álvaro y otro á Gaston.—D. Álvaro dirá la última palabra luchando por desasirse de los que le sujetan.—El Prior de Uclés socorre á Estrella, la cual se reclina en su hombro.—Los demás Caballeros se sitúan convenientemente, y se forma el cuadro final.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.—Mesa y sillon á la izquierda.—Es de noche —La escena estará alumbrada solamente por una luz que habrá sobre la mesa.—Al levantarse el telon aparece Cota paseando lentamente por delante de la puerta del fondo.—D. Alvaro, sentado en el sillon, tiene ante sí un gran libro que se supone ser *Las Partidas*, de Alonso el Sábio. (Sobre el tapete, el hábito.)

ESCENA PRIMERA,

D. ALVARO y COTA.

COTA. ¡Qué noche! Todas las furias
del infierno desatadas,
parece que volteando
están en la antigua casa. (Deteniéndose.)
Aquí dentro, en la capilla,
la Condesa está postrada.
¡La horrible prueba del fuego
tendrá que sufrir mañana!

ÁLVARO. (Leyendo.) «Uno de los mayores errores que los omes pueden facer es el adulterio, de que no se les levanta tan solamente daño, mas aun deshonra.»
El que redactó este Código
debió decir les levanta
daño, deshonra y tormento,

que ni se miden ni acaban.

COTA. ¡Sombrío está mi señor!

ÁLVARO. Hé aquí lo que yo buscaba:
(Leyendo.) «Mas la mujer que ficiese el adulterio, magüer le fuese probado en juicio, debe ser castigada é ferida públicamente, é puesta é encerrada en monasterio de dueñas.»
Poco es ¡vive Dios! á más
debiera de ser quemada
á fuego lento; tan lento
como el que nos quema el alma.
(Leyendo.) «E demas desto perderá la dote é las arras que le fueron dadas, por razon de casamiento, é deben ser del marido.»
¡Las arras para el marido!
¿Y qué importarán las arras,
áun cuando valgan un mundo,
si las devuelve una infamia?
(Leyendo.) «Pero si el marido la quisiere perdonar. despues desto....»
¡Perdon! ¿Perdon despues de esto?...
¡Pluma débil y menguada!
Despues de esto sólo hay sangre....
¡sangre que lave la mancha!
(Cierra el libro violentamente.)
¡Cota!

COTA. ¡Señor!...

ÁLVARO. Ven acá.
Noche es esta asaz estraña
y vamos á hablar de cosas
que importan mucho. Esta casa,
bien lo sabes, fué tu asilo
ántes que peináras canas:
pan, hogar y distinciones
hallaste en ella....

COTA. Grabadas
están en mi hidalgo pecho
esas mercedes tan ámplias.

Cuanto soy, lo debo á vos
y á vuestro padre....

ÁLVARO. Me agrada
el que seas agradecido;
que es condicion muy villana
no agradecer distinciones
cuando son tales y tantas.

COTA. Por vos, señor, á una hoguera
sin vacilar me arrojára.

ÁLVARO. Si yo te dijera.... ¡hiere! (Sombrío.)
Si yo te dijera.... ¡mata!

COTA. Prontamente acataria
vuestras órdenes mi daga.

ÁLVARO. Bien; estemos prevenidos.
Yá has visto, cómo fundadas
fueron aquellas sospechas
que hace poco me asaltaban.
Otra Isabel de Salcedo
es mi esposa; cruz bordada
por ella tiene ese hábito;
debo con sangre borrarla....
Cumpliéndose está el destino;
las deudas al fin se pagan;
y el que siembra la deshonra
coge cosecha colmada.
Isabel, desde el sepulcro,
con voces mudas me emplaza;
y la sombra del maestre
siguiendo mis pasos anda.
¡Yá ves que estoy deshonrado!
¿Deshonrado dije?... falsa
es ¡vive Dios! esa idea;
que si una adúltera incauta
quiso manchar mis blasones,
yo sé bien cómo se lavan.
Déjame....

COTA. Aún la señora
en la capilla se halla.

ÁLVARO. Confesando está sus culpas

al Prior, al pié del ara.

COTA. Lo presumia.

ÁLVARO. El que próximo
está á morir, pide gracia
al Eterno; ¡ella, tal vez,
no verá la luz del alba!

COTA. Permiso os pido, señor,
para recorrer la casa.

ÁLVARO. ¿Qué sospechas?

COTA. Luz há poco
que cruzó por esa estancia
y bajó por la escalera
del jardin.

ÁLVARO. ¿Y qué?

COTA. Que es mala,
y pienso que mi puñal
cerca está de su garganta.

ÁLVARO. ¡Oye! (Sin oirle.) Has de hacer junto al muro
dos fosas, hondas y anchas;
que sospecho que esta noche
ha de haber con qué llenarlas.
(Váse Cota por la derecha.)

ESCENA II.

D. ALVARO solo.

¡Desgarradas esas formas,
cuyas tintas nacaradas
eran envidia del arte
que produjo las estatuas!
¡Heridas públicamente,
expuestas á las miradas
de la plebe; nunca, nunca!...
¡Muerta, mejor, á mis plantas!
¡Oh! ¿Por qué mi débil pecho
se asusta de la venganza?
¿Por qué en vez de tener sangre
estos ojos tienen lágrimas?
¡Sí.... el presagio ha de cumplirse;

aquí mismo he de matarla!...
Sobre esta mesa está el hábito,
y aquí en el cinto la daga.
¿Qué tardo? esa cruz tan roja
con su sangre he de borrarla.
¡Ni la púrpura de Tiro
será tan rica y preciada!
¡Alguien se acerca! ¡el Prior!
¡Corazon cobarde, calla,
no digan lenguas infames
que ante el dolor te amilanas!

ESCENA III.

DICHO: el PRIOR, que sale de la capilla, cerrándola tras sí.

PRIOR. Sumisa la pecadora
sus culpas ha confesado.
Alzad, pues, la frente altiva;
¡es inocente, don Álvaro!

ÁLVARO. Perdonadme si os ofendo,
mas lo asegurais en vano;
si ella estampó aquí estas líneas
el crímen está probado.

PRIOR. Os engañais; apariencias
fatales la condenaron.

ÁLVARO. Sierpe es la mujer, Prior,
que al más docto y avisado
seduce; cuentos son esos
con que ella quiso engañaros.

PRIOR. Ciego es el celoso, Conde,
que jamás ha de ver claro
aunque el sol entre en sus ojos
en vivo raudal de rayos.

ÁLVARO. ¡Pruebas!...

PRIOR. Cuando apunte el alba
aquí vendré, acompañado
de los treces; dos hogueras,
del monasterio en el átrio,
arderán; y, como es uso

en tan difíciles casos,
sufrirá la santa prueba
del fuego.

ÁLVARO. (Disimulado
sea mi intento.) Con el alba
la verdad sabrémos ámbos.

PRIOR. Respetad el sacro asilo,
y hasta la aurora, don Álvaro;
que en solemne procesion,
ante el pueblo toledano,
ha de venir la acusada
conmigo hácia el fuego santo.
(Se dirige hácia la puerta de la derecha.)

ÁLVARO. (¡Nadie ha de verla! de allí
al sepulcro.) (Despidiéndole ceremoniosamente.)
Aquí os aguardo.

ESCENA IV.

D. ÁLVARO; despues ESTRELLA.

ÁLVARO. Tengo miedo de mí mismo:
salta de dolor mi frente,
y en la rápida pendiente
mido el fondo del abismo.
¡Acabemos!
(Se dirige al fondo y abre la puerta de la capilla.)
Héla allí,
ante el altar reclinada;
fija tiene la mirada.
¡Oh! que no la clave en mí....
¡Á apurar el cáliz voy;
es culpable y cäerá!
Estrella, venid acá.

ESTREL. ¿Me llamábais? Aquí estoy. (Aproximándose.)

ÁLVARO. (¡Tan hermosa y va á morir!)

ESTREL. (¡Se acerca mi última hora!)

ÁLVARO. Sentáos, si os place, señora.

ESTREL. (Permaneciendo de pié.)
¿Qué me teneis que decir?

ÁLVARO. Cosas tales, á fé mia,
que os han de causar pavor.
ESTREL. Evitádmelas, señor,
no prolongueis mi agonía.
En vano vais á ocultarme
lo que aquí puede ocurrirme,
y no teneis que decirme
por qué venís á matarme.
ÁLVARO. Pláceme, por Dios, que así
me marqueis vos el sendero;
mas, escuchadme primero:
¿sois ó nó culpable?
ESTREL. Sí.
ÁLVARO. ¡Señora, hablad en razon,
meditad en lo que haceis,
sed cauta; no provoqueis
la cólera del leon!
Este infernal pergamino
¿lo escribísteis vos?
ESTREL. Sí, á fé,
yá os lo dije.
ÁLVARO. ¡Y no os maté!...
Ved si os proteje el destino.
¡Disculpáos!... ¡Vive Cristo!
¡Decid algo que os abone!...
ESTREL. Yo tengo quien me perdone.
ÁLVARO. ¡Quién, es, pues?
ESTREL. ¡Dios!
ÁLVARO. Nunca he visto
más rebelde terquedad
ni más relapsa culpada.
¿Qué respondeis?
ESTREL. ¡Nada!
ÁLVARO. ¿Nada?
Pues que lo quereis, ¡temblad!...
Vuestra perdicion es cierta;
y, yá lo veis, nadie os salva.
Al brillar la luz del alba
estaréis honrada ó muerta.

ESTREL. Lo sé.
ÁLVARO. Tal es mi intencion,
y ocultárosla no puedo.
ESTREL. Acabad, pues; ¡nunca el miedo
anidó en mi corazon!
ÁLVARO. De estas culpas no os redimen
la altivez ni el desacato;
y yo sé bien que si os mato....
ESTREL. Cometeis un nuevo crímen.
ÁLVARO. ¿Crímen dijísteis? Nó tal;
ántes bien accion laudable.
El que castiga al culpable
más es juez que criminal.
Rama, del árbol, podrida,
aunque se levante ufana,
hará que el árbol mañana
ruede sin savia, sin vida.
¿Qué mal hace el leñador
si corta la rama vil
para que en el nuevo Abril
cobre el árbol su verdor?
ESTREL. No cediendo al vil castigo,
sino por querer salvaros,
voy, señor, á confesaros
que escribí á vuestro enemigo.
ÁLVARO. ¡Tan gran merced recibí!
ESTREL. Don Gaston, ardiendo en ira,
os buscaba....
ÁLVARO. (¡Otra mentira!)
¿Y vos rogábais por mí?
ESTREL. Graves ofensas le hicísteis,
segun él mismo declara.
ÁLVARO. Ni yo conocí á ese Lara,
ni vos la verdad dijísteis.
ESTREL. Necia fuí en querer probar
verdades que en vos no caben.
¡Los celosos nunca saben
más que ofender y dudar!
ÁLVARO. ¡Dejad, señora, ese cuento,

que os fatiga la memoria!
Yo os recordaré una historia,
que en este momento es cuerdo.
Érase una castellana....

ESTREL. ¡Sé la historia de la cruz!

ÁLVARO. Tal vez al suelo andaluz (Sombrío.)
deba yo partir mañana.

ESTREL. (¡Cielos!)

ÁLVARO. Ese blanco paño (Señalando al hábito.)
en sangre se ha de empapar,
porque lo habrán de mostrar
aquí mismo cada un año.

ESTREL. ¡Acabad; mi desventura
no insulteis!

ÁLVARO. Sí, nada os libra.

ESTREL. ¡Ved si hay aquí alguna fibra
que no sea honrada y pura!
(Llevando la mano al corazon.)

ÁLVARO. Lo he de ver, que ese es mi empeño;
mas ántes, á esa estameña
quitad la cristiana enseña,
que no la quiere su dueño.

ESTREL. ¿Quitarle la cruz?

ÁLVARO. ¡Sí tal!
que otras tendrá más preciadas.
¡Cruces con sangre grabadas
son más honrosa señal!
Así, dejad que os demuestre
que hábito tan bien bordado
debe enseñarse acabado
por la daga del maestre.

ESTREL. Jamás tal humillacion....

ÁLVARO. ¿No accedeis? ¡Tanto más dá!
con otras se cubrirá!
¡De rodillas!

ESTREL. (Arrodillándose.) ¡Compasion!
por aquella esposa infiel
cuya desdicha labrásteis;
por la que vos tanto amásteis;

señor, por doña Isabel....

ÁLVARO. ¿Qué habeis dicho? (Aterrado.)

ESTREL. En mi memoria
un recuerdo se despierta;
esa Isabel fué la muerta,
sí, la muerta de la historia.

ÁLVARO. ¡Hablad! ¿Cómo, dónde y cuándo
ese nombre habeis oido? (Con ansiedad creciente.)

ESTREL. Don Gaston lo ha referido.

ÁLVARO. ¡Don Gaston! ¿Estoy soñando?...
¡Siempre sombras, sombras hallas
para perpétuo tormento;
volcan de mi pensamiento!...
¿por qué en la frente no estallas?

ESCENA V.

DICHOS y LUZ.—Luz entra desaforadamente por la derecha, dirigiéndose á Estrella.—Ésta se levanta.

LUZ. ¡Favor! ¡Socorro!

ESTREL. ¿Qué es esto?

ÁLVARO. ¡Noche fatal!

LUZ. (Rápidamente.) En la arcada
del jardin tres hombres luchan;
chispas los aceros lanzan,
y corre sangre....

ÁLVARO. ¿Qué dices?

LUZ. Los he visto; á cuchilladas
se destrozan; Cota jura
y un muerto á sus piés se halla.

ALVARO. ¡Oh! ¡malditas horas!

ESTREL. Suenan
en el corredor pisadas.

ALVARO. (Asomándose á la puerta de la derecha.)
Cierto: hácia aquí viene Cota.
¡Bien, por Dios! ¡Soberbia caza
conduce! La suerte impía
vuelve la enemiga cara.

ESCENA VI.

DICHOS, y COTA, que entra empujando á TENORIO.—Éste viene con las manos atadas.—Cota traerá la espada de Tenorio.—Ambos quedan próximos al dintel de la puerta.

COTA. Ved, señor, á un rufian
con trazas de caballero:
lo encontré en la puerta falsa
con otro que huyó á lo léjos.

TENOR. Yo os juro que á no estar solo.... (Á Cota.)

COTA. Al pobre Beltran ha muerto.

LUZ. (¡Tenorio! ¡Dios mio!)

ESTREL. (Aparte á Luz.) ¡Luz,
tú tiemblas!

LUZ. (Aparte á Estrella.) Nó, nó, no tiemblo.

ÁLVARO. Os conozco; fuísteis vos
el que me acusó ante el pueblo;
el que en este mismo sitio,
mi solar escarneciendo,
osó infamarme, ¡villano!...
¡No sé cómo me contengo!
Voy con tal gozo á mataros,
voy á buscar en el pecho
vuestro corazon con tal
alegría, que me temo
que á estorbar va el regocijo
el golpe pronto y certero.

TENOR. Como me veis maniatado
é inerme, podeis sin riesgo
insultarme.

COTA. ¡Tén la lengua,
ó por todos mis abuelos...!

ÁLVARO. Déjale; suelta sus manos
y dale al punto su acero,
que has de ver en lo que paran
esos alardes soberbios.
Hace poco me infamásteis;
yo, como veis, ahora puedo

colgaros en la muralla
para dar pasto á los cuervos;
mas tengo tal sed de sangre,
que si la vuestra no bebo
estoy seguro que pronto
de sed y de rabia muero.

COTA. Dejad que yo su cabeza
ponga en el garfio de hierro
de la torre.

TENOR. (Á D. Álvaro.) ¡Gran bravura
demostrais; pero yo pienso
que pruebas teneis cumplidas
de paciencia y sufrimiento!

ÁLVARO. ¡Desátale, Cota! (Furioso.)

COTA. (Desatándolo.) En vano
es resistir; yá está suelto.

ÁLVARO. Tomad, villano, esa espada; (Cota se la entrega.)
que por cada insulto vuestro
voy en ese infame rostro
una señal á poneros.
Habeis entrado en mi casa
con nuevo y dañado intento....

TENOR. No os lo oculto; otro enemigo
teneis cerca, os lo prevengo.

ESTREL. (Don Gaston, acaso.) (Aparte á Luz.)

LUZ. (Aparte á Estrella.) (Sí;
por vos aquí vendrá presto.)

ÁLVARO. Cuando á mis piés moribundo
lanceis cobardes lamentos,
confesaréis lo que os trajo
á dar en el matadero.

TENOR. Poco me importa la vida,
pues que conseguir no puedo
lo que ambiciono. Pasad....

ÁLVARO. ¡No haré tal! Id vos primero,
que hay quien mata por la espalda,
y sé que sois uno de ellos.

COTA. Iré con vos.

ÁLVARO. ¡Cota, quédate!...

ESTREL. ¡No os vayais! (Á D. Álvaro, deteniéndole.)
ÁLVARO. (Rechazándola.) ¡Quitad; que temo
que mi honra, que se desploma,
os aplaste con su peso!
ESTREL. ¡Por favor!
ÁLVARO. ¡Quitad, os digo!
TENOR. ¡Don Álvaro, que os espero!
ÁLVARO. ¡Yá soy con vos, miserable,
vuestro sepulcro está abierto....
que el leon ha despertado,
vela, ruge y sigue hambriento!
(Vánse Tenorio y D. Álvaro, por la derecha.)

ESCENA VII.

ESTRELLA, COTA y LUZ.

ESTREL. ¡Id, Cota! (Temblorosa.)
COTA. Sí iré, señora,
que es asaz vil ese hombre;
y áun cuando no le va en zaga
al más diestro el señor Conde,
bien será estar al acecho;
mas ántes dejad que cobre
una deuda. (Tratando de asir á Luz.)
LUZ. (Huyendo de Cota y acogiéndose á la Condesa.)
¡Protejedme!
ESTREL. ¿Qué haces? (Á Cota.)
COTA. Á la antigua torre
cuadrada voy á llevar
á esa infame.
LUZ. ¡Perdon!
ESTREL. (Á Cota.) ¡Oye!
¡Dí cuanto sepas!
COTA. Pues bien;
sabed que ella y ese hombre
tienen, há tiempo, escondidas
y culpables relaciones.
He sorprendido sus cartas
encerradas en un cofre.

Esa cándida paloma
se acompaña con halcones.
(Va á perseguir á Luz, que huye.)

ESTREL. ¡Tente! ¡aguarda!

COTA. Bien quisiera
obedecer vuestras órdenes;
pero las tengo más altas,
y he de encerrarla en la torre.

ESTREL. ¡Cota!...

COTA. Señora, mirad
que hay culpables protecciones,
y que proteger á Luz
sé bien que no os corresponde.

ESTREL. ¡Él tambien! (Tristemente.)

COTA. ¡Oh! perdonad;
no fueron mis intenciones
ofenderos; mas dejadme
que á esa malvada recobre,
que he de hallar en su suplicio
mucho bueno que os abone.
Ven acá. (Á Luz.)

ESTREL. ¡Dios mio!

LUZ. ¡Nunca!

ESTREL. En vano de mí te acoges.

COTA. (Arrastrándola tras sí y llevándosela por la puerta derecha.)
¡Morirás! Voy á encerrarla
y á prestar auxílio al Conde.

ESCENA VIII.

ESTRELLA sola.

Desfallece mi razon:
en mi cerebro girando
van cien fantasmas pasando
en lúgubre procesion.
Luz, Gaston, Cota, mi esposo,
el bandido de la venta,
la hoguera, la cruz sangrienta
con su cortejo horroroso.
¿Quién de estas cuitas me salva?

De tantos duelos y males
¿cuáles han de huir, y cuáles
han de venir con el alba?
Acaso en este momento
muere mi esposo.... ¡Dios mio!...
¿Por qué, si hay libre albedrío,
se rebela el pensamiento?
Llamo al llanto y no responde;
pido en vano compasion,
y no olvido á don Gastón
ni quiero ofender al Conde.
Dadme una lágrima sola....
dejadme, al ménos, llorar....
¡Ay, Dios, necesito un mar....
y no tengo ni una ola!...
(Cae en el sillon desfallecida.)

ESCENA IX.

DICHA: GASTON aparece por el fondo, con cautela, entreabriendo la puerta de la capilla y adelantando lentamente hácia Estrella.

GASTON. Por el caracol quebrado
del antiguo corredor,
de las sombras á favor,
al fin aquí he penetrado.
Una lámpara allí arde,
alguien á sus rayos vela,
avanzaré con cautela.
¡Quiera Dios que no sea tarde!
ESTREL. Leve rumor he escuchado.
GASTON. ¡Suerte caprichosa! ¡Es ella!
ESTREL. ¿Quién vá? (Levantándose.)
GASTON. No temais; yo, Estrella.
ESTREL. ¿Cómo hasta aquí habeis entrado?
GASTON. Por salvaros, me he valido
del acusador liviano
cuyo proceder villano
á los dos nos ha perdido.

De Luz es antiguo amante,
esta casa conocia,
y él me señaló la via
que siguió mi afan constante.

ESTREL. ¿Y qué conseguís con esto?
¡sólo avivar mi suplicio!

GASTON. Nó á fé. ¡Haced un sacrificio!

ESTREL. ¿Cuál?

GASTON. ¡Huir! Todo dispuesto
está; mi corcel cuatralvo
y una yegua corredora,
ántes que asome la aurora,
pueden ponernos en salvo.

ESTREL. ¿Huir?... ¡Jamás!

GASTON. Y ¿por qué?

ESTREL. Huye sólo el criminal;
tranquila el golpe mortal,
que me aguarda, esperaré.

GASTON. Locura es ¡por Dios! señora;
vuestra honra está mancillada,
y á la hoguera señalada
iréis como pecadora.

ESTREL. ¿Y qué me importa el martirio?

GASTON. ¡Estrella, venid acá!
¿Y nada os importará
mi afliccion y mi delirio?
Sin culpa vuestra ni mia
unirnos quiere la suerte....
¿Por qué preferís la muerte?
¿Por qué me dais la agonía?
Bien sabeis que lo sé todo;
que es mi mayor enemigo
vuestro esposo; que conmigo
se hallará de cualquier modo.
Evitad vos la ocasion,
que en salvaros no vacilo:
yá hallaréis un noble asilo
que oculte vuestra afliccion.

ESTREL. Esa culpable impaciencia

os hace, Gaston, soñar.
¿Dónde hallaréis un lugar
que se oculte á la conciencia?
Si yo mi espíritu os dí,
no me pidais otra cosa;
soy honrada, soy esposa,
y no me aparto de aquí. (Resueltamente.)
¡Idos, pues! El Conde, acaso,
vendrá presto, y si nos halla....

GASTON. Siempre encuentro una muralla
que cierre á mi dicha el paso.

ESTREL. ¡Idos, por Dios!

GASTON. ¿Resignarme
á que os perdais? ¡Imposible!
Fuera horrible: tan horrible,
que prefiero aquí quedarme.

ESTREL. Nada me ha de hacer partir.

GASTON. ¡Estrella, por vuestra madre!

ESTREL. Ruego vano, aunque no os cuadre,
Gaston, que no me he de ir.
Aquí á don Álvaro espero;
que, por defender su honor,
cruza con mi acusador
en este instante el acero.

GASTON. ¿Es cierto? ¡Oh dicha! Notorio
el fallo de Dios está;
don Álvaro morirá
á las manos de Tenorio.

ESTREL. ¡Oid! Los pasos del Conde.
Él se acerca; esto os advierte....

GASTON. ¡Que es sorda tambien la muerte,
y que á mi voz no responde!

ESTREL. ¡Idos, no seais temerario!

GASTON. (¡Mi última esperanza inmola!)
No me iré.

ESTREL. ¡Dejadme sola
en la cumbre del Calvario!

GASTON. ¡Huid conmigo!

ESTREL. Yá es tarde.

GASTON. De rodillas os lo pido.
(Se postra á los piés de Estrella.)
ESTREL. ¡Alzad! ¡Nos hemos perdido
con tan indiscreto alarde!

ESCENA X.

DICHOS: D. ALVARO.—Despues COTA.

ÁLVARO. ¡Ella y él!... (Fuera de sí.)
GASTON. ¡Valor! (Aparte á Estrella.)
(Levantándose y quedando frente á D. Álvaro, en actitud conveniente á la escena.)
ESTREL. (Apoyándose en la mesa.) (¡Dios mio!)
ÁLVARO. ¡Se ha desatado el infierno!
Todo cuanto me rodea
parece un sueño sangriento.
¡Adúltera!... ¡Vil ladron,
con trazas de caballero!...
He de inventar un suplicio,
como vuestra culpa, inmenso.
GASTON. Solos estamos los dos;
espada al cinto tenemos:
calle la lengua, don Álvaro,
y hable hasta el fin el acero.
ÁLVARO. Sí hablará. Bocas tan anchas
os voy á hacer en el pecho,
que el corazon va por ellas
á decirme cuanto quiero.
Aún está tibio el cadáver
de aquel vil cómplice vuestro;
sin que con él os halleis
no pasará mucho tiempo.
GASTON. ¿Qué tardais? Vanos insultos
más son indicio de miedo
que de otra cosa.
ÁLVARO. ¡Esperad,
que entre mis manos os tengo,
y yá veis que, sin pensarlo,

va á estorbarnos un tercero!

(En este momento sale Cota, que se detiene en el dintel de la puerta, contemplando la situacion difícil de la escena.)

COTA. ¡Señor!... (Aproximándose á D. Álvaro.)

ÁLVARO. (¡Cota!... Mi venganza
va á ser cumplida.) Á buen tiempo
llegas.

GASTON. No penseis que tema
que os llegue tan vil refuerzo.

ESTREL. (¡Vírgen santa, muerta estoy!)

GASTON. (¡El cáliz apurarémos!)

ÁLVARO. ¡Cota, ha llegado la hora (Aparte á Cota.)
de matar!

COTA. (Idem á D. Álvaro.) Lo sé; prevengo
una víctima en la torre.

ÁLVARO. Escucha lo que te ordeno, (Idem á Cota.)
y cúmplelo, por tú vida,
que va tu fortuna en ello.
¡Señora, id y entregáos (Alto á Estrella.)
en esa capilla al rezo!...

(D. Álvaro se dirige hácia la ventana, llevándose á Cota, y le habla en voz baja.)

GASTON. Sí, dejad en este trance (Á Estrella.)
la resolucion al cielo.

ESTREL. (¡Ay de mí!) (Váse por el fondo, cerrando la puerta tras sí.)

COTA. (Aparte á D. Álvaro.) Pensadlo bien....

ÁLVARO. Lo he pensado y no me arredro. (Ap. á Cota.)
Esa galería de enfrente (Señalando al exterior.)
se ve desde aquí. Á su tiempo
asomaré aquella luz; (Señala la de la mesa.)
tú previenes el acero,
¡y si la ves, si oyes voces,
le hundes tu daga en el pecho! (Muy marcado.)

COTA. ¿No os pesará?

ÁLVARO. No me pesa.
Por la capilla al momento
condúcela hasta la arcada.

GASTON. Don Álvaro, pasa el tiempo. (Impaciente.)

ÁLVARO. Soy con vos; tened paciencia. (Á Gaston.)

¡Llévala, Cota!... (Alto.) (Aparte.) Allí luégo,
yá lo sabes, hasta el pomo;
que yo desde aquí he de verlo.
(Cota se dirige á la puerta de la capilla.)

GASTON. ¿Dónde va ese hombre? (A D. Alv.) ¡Oid!
(A Cota, que se va por el fondo.)

ÁLVARO. Dejadle, que no es muy cuerdo
que las faldas estén cerca
de donde debe haber muertos,
y sollozos de mujeres
ponen en los hombres miedo.

COTA. ¡Venid, señora! (Dentro.)

GASTON. (Imprudencia
fué abandonarla, lo temo.)

ÁLVARO. ¡Yá veis, vamos á estar solos!
(Cierra la puerta del fondo.)

GASTON. (¡Alguna infamia tejieron!)
¿Por qué cerrais?...

ÁLVARO. (Se dirige á la ventana.) En las tumbas
hace gran falta el silencio.

ESCENA XI.

D. ALVARO y GASTON.—D. Álvaro, apoyado en el alféizar de la ventana, contempla con ansiedad la lejana galería, que se supone verse desde allí.—En este momento la luz de la luna penetra por la referida ventana, iluminando poco á poco casi todo el segundo término de la derecha.—El rostro de don Alvaro, bañado por uno de sus rayos, expresa la lucha de sus sentimientos encontrados.—Gaston le contempla, sin poder comprender sus intenciones, desde la izquierda.

GASTON. ¡Acabad, que se hace tarde!

ÁLVARO. Tiempo nos queda, á fé mia.

GASTON. (Clara está su villanía.)
¡Ved que os llamaré cobarde! (Impaciente.)

ÁLVARO. Yá os responderá mi acero,
que á lenguas viles alcanza;
mas soy fiel á mi venganza,

y tenerla entera quiero.
(¡No asoma Cota!) (Con ansiedad.)

GASTON. ¿Qué haceis?

ÁLVARO. Contemplo esa galería.

GASTON. (Matarle así debería.)
¡Tramas infames tejeis!...

ÁLVARO. ¡Al fin llegan! los percibo; (Sin oirle.)
su blanca túnica flota....
¡Allí.... sí.... en la arcada rota....
bajo aquel gótico estribo!
¡Venid, don Gaston! ¡es ella!

GASTON. ¡Cielos! (Aproximándose.)

ÁLVARO. ¡Teneis gran fortuna!...
¡Si alumbrára más la luna
(La luz de la luna va siendo más intensa desde este punto.)
viérais bien á vuestra Estrella!
Cota desnuda el puñal....
¡Tente, Cota, que aún no es hora!...
Don Gaston, ¿quereis que ahora
haga á Cota una señal? (Con gozo satánico.)
Ántes el otro.... ahora ella....
luégo vos.... Estoy seguro
que he de salir del apuro
mostrando la luz aquella.
(Señalando la de la mesa.)

GASTON. ¿Qué decís?

ÁLVARO. Mi intento á ver
vais muy claro, por quien soy;
esa luz que á asomar voy
dará muerte á esa mujer.
Ni dilato el sacrificio
ni vos lograrlo podréis;
conmigo aquí gozaréis
del placer de su suplicio.
Pronto, allí, aunque os cause enojos,
y vacileis de despecho,
se ensangrentará su pecho
y se nublarán sus ojos.
Esas formas nacaradas,

que os colmaron de placer,
desde aquí las vais á ver
cosidas á puñaladas.
(¡Yá con el vértigo lidia!)
¿Qué pensais? (Sarcásticamente.)

GASTON. Pienso, aunque en vano,
cómo en pecho castellano
cabe tamaña perfidia.
¡Aunque le pese al destino,
vuestra esposa es inocente!...

ÁLVARO. ¡En vano esa lengua miente!

GASTON. ¡Sois un cobarde asesino!

ÁLVARO. No tal; soy un hombre fiel
á su blason y á sus lares;
un hombre que bebe á mares
de la deshonra la hiel.
¿Vísteis el vapor que sube
poco á poco hasta la esfera?
primero es gasa ligera,
después, matizada nube;
más tarde, crespon que flota
turbio, pavoroso y denso;
al fin, nubarron inmenso
que el ronco huracan azota:
¡el vapor se torna impuro,
lleva la chispa en su seno,
y de ella se escapa el trueno,
y de ella el rayo es seguro!

GASTON. ¡Callad, que entiendo muy bien
lo que me estais relatando,
porque el huracan, bramando
aquí dentro está tambien!
¡Acabe esta lucha vana,
que yá me pesa la cruz!

ÁLVARO. ¡Sí, va á acabar, que esa luz
asomaré á la ventana!...

(Dando un paso hácia la mesa.—Desde que D. Álvaro trata de coger la luz, hasta que entra en la capilla, gran rapidez y calor en el diálogo.)

GASTON. Mirad que os ha de pesar. (Deteniéndolo.)
¡Por vuestros pecados, Castro!...
ÁLVARO. No hay salvacion; aquel astro
para vos se ha de eclipsar.
¡Dejadme! (Avanzando.)
GASTON. Atended mi ruego:
ved que por ella me humillo.
ÁLVARO. Nó, que está alzado el cuchillo.
¡Apartáos! (Saca la espada.)
GASTON. ¡Estais ciego! (Mata la luz y hace lo mismo)
ÁLVARO. ¿Qué haceis?
GASTON. ¡Cerrar el abismo!...
ÁLVARO. ¡Inútil y necia obra;
luces hallaré de sobra,
que va á dármelas Dios mismo!...
(Momento de solemne pausa.—D. Álvaro entra en la capilla y sale con otra luz.)
GASTON. ¡No pasaréis!
(Hace frente á D. Álvaro, dando la espalda á la ventana.)
ÁLVARO. ¡Sí, por cierto,
que sois poco para el caso.
GASTON. Esta espada os saldrá al paso.
ÁLVARO. Nunca estorbó el paso un muerto.
Defendéos, que yo haré
que no griteis. (Gritará,
y él mismo la matará.)
(Cruzan las espadas.—Gaston hace por acercarse á la ventana, retrocediendo.)
GASTON. (¡Es preciso; probaré!)
ÁLVARO. ¿Retrocedeis? (Con intencion.)
GASTON. (Asomándose y gritando.) ¡Cota.... tente!...
ÁLVARO. ¡Os descubrís! ¿Cómo estais?
(Con supremo sarcasmo y bajando la espada.)
¡Já, já, já!... ¡Vos la matais!...
GASTON. ¡Cielos! (Horrorizado.)
ÁLVARO. ¡Fué Cota obediente!....
GASTON. ¡Qué horror! Aún brilla el puñal,
clavado en su blanco pecho;
sobre el calado antepecho

yace el cuerpo. ¡Hado fatal!

ÁLVARO. ¿Sufrís mucho? ¡qué me place!
Tal gozo en vuestro suplicio,
que el costoso sacrificio
doblemente me complace.

GASTON. ¡Muerta! ¡Dios mio!...

ÁLVARO. Sí, muerta
para vos y para mí.

GASTON. (¡Oh! quizás me espera allí.) (Señalando al cielo.)

ÁLVARO. (¡Oh! la tierra está desierta....)
Terminemos, don Gaston:
nada aquí yá nos enlaza,
y mi espada os amenaza.

GASTON. ¡Seré vuestra maldicion!
Lo habeis querido vos mismo;
Dios ha visto mi templanza;
la senda de la venganza
va á dar derecha al abismo.

ÁLVARO. Palabras sobran. (Impaciente.)

GASTON. Nó tal;
de estas, Castro, nadie os libra,
si teneis alguna fibra
que no sea criminal.

ÁLVARO. Escucharos yá no puedo;
¡acabemos, por Luzbel!...

GASTON. ¡Ved que os contempla Isabel!

ÁLVARO. ¿Quién?

GASTON. ¡La esposa de Salcedo!...

ÁLVARO. ¡Explicáos! (Con ansiedad.)

GASTON. Aunque no os cuadre,
haced, infame, memoria
y recordad una historia.

ÁLVARO. ¡Oh! (Con horror.)

GASTON. La historia de mi madre.
Sé que de seguro os mato
y vais á saberlo todo.
Os lo pruebo de este modo:
(Saca un medallon y se lo entrega.)
ved, si es este su retrato.

ÁLVARO. ¡Cielos! sí; Isabel.... de fijo;
(Consternado.—Deja caer la espada al suelo.)
mas aún comprender no puedo:
¡vos sois Lara y no Salcedo!
(Desde este momento la luz de la luna palidece gradualmente y el teatro se va iluminando poco á poco con los primeros albores del dia.)
Ella sólo tuvo un hijo,
que en su solar espiró
cuando fué al fuego entregado.
GASTON. ¡Os engañais, que un honrado
campesino me salvó!
Si soy Lara y no Salcedo
no es el cambio cosa rara;
sólo está honrado el de Lara,
llevar el otro no puedo.
ÁLVARO. ¡Matadme!... (Con desesperacion.)
GASTON. Nó.... Todavía
debeis saber otra cosa,
y es que es pura vuestra esposa
como la estrella del dia.
Esa carta, que maldigo,
por salvaros me escribió;
nunca á su deber faltó,
su cadáver me es testigo. (Solemnemente.)
(Se oye toque de campanas.)
¡Oid, el mundo despierto
hace su primera salva!
Son las campanas del alba....
ÁLVARO. ¡Las oigo; tocan á muerto!
(Con suprema angustia.)
GASTON. No es tiempo yá de gemir;
coged ¡vive Dios! la espada. (Amenazándolo.)
ÁLVARO. ¡Oh! yá no me resta nada (Cogiéndola.)
más que matar.... (Con resignacion suprema.)
(¡nó.... morir...!)
(D. Gaston le acomete; él apénas se defiende, y á los primeros golpes aquél le hiere en el pecho.)
GASTON. ¡Por fin...! (Bajando la espada.)

ÁLVARO. (Llevándose la mano al pecho y apoyándose en el sillon para no caer.)

¡Dios mio.... perdon!...

ESCENA XII.

DICHOS y COTA.—Éste sale apresuradamente por la derecha, y al apercibirse de lo que pasa, trata de sacar la daga y de lanzarse sobre Gaston.

COTA. ¡Señor!... ¿qué es lo que aquí pasa?
¡Infame!... (Á Gaston.)
ÁLVARO. ¡Cota, detente!...
COTA. (Resignándose y corriendo á auxiliar á D. Alvaro.)
¡Maldicion!... ¡cuando esperaba
colmaros de dichas!...
ÁLVARO. (Tristemente.) ¡Dichas
cerca del sepulcro!... ¡Habla!...
COTA. ¡Doña Estrella vive! (Rápidamente y con calor.)
ÁLVARO. ¡Vive....
y yo muero! ¡Suerte infausta!...
COTA. Luz, la infame, la culpable,
fué la que murió en la arcada.
¡Ved á la Condesa!
(Señalando la puerta derecha, por donde aparece Estrella.)
GASTON. ¡Es ella!...
ÁLVARO. ¡Pára.... dura muerte, pára...!
(Con suprema angustia.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: ESTRELLA, despues el PRIOR.—Estrella mide la escena con los ojos, lanzándose hácia D. Alvaro, así que se apercibe de lo que ocurre.

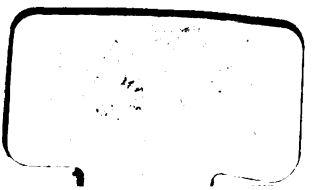
ESTREL. ¡Señor!... (Arrojándose á sus plantas.)
ÁLVARO. ¡Yá puedo morir!
PRIOR. (Entrando por la derecha.)
¿En dónde está la acusada?
ÁLVARO. Sólo hay aquí un moribundo
que de Dios pide la gracia....

COTA. ¡No habrá salvacion! (Dolorosamente.)
ÁLVARO. ¡Yá es tarde!...
siento escapárseme el alma....
GASTON. ¡Qué tormento!...
ÁLVARO. ¡Adios, Estrella!...
perdon.... mis fuerzas se acaban.
COTA. ¡Yo os vengaré!
ÁLVARO. Sólo es tiempo
de perdonar.... ¡Luz me falta!...
Padre.... vuestra bendicion. (El Prior le bendice.)
Estrella.... la última gracia....
el hábito que bordásteis,
concededme por mortaja;
(Cota toma el hábito y Estrella le cubre con él.)
que acaso.... su cruz bendita....
redima.... todas.... mis faltas. (Espira.)
ESTREL. ¡Don Gaston, idos de aquí!
(Á éste, que habrá permanecido léjos del grupo.)
GASTON. Lo quiso la suerte airada....
¡Adios.... adios para siempre!...
(Se aleja por el fondo.)
ESTREL. ¡Señor, Señor, dadme lágrimas...!
(El Prior queda con las manos extendidas sobre el cadáver de D. Álvaro, que permanece en el sitial. Estrella, arrodillada á sus piés. Çota, en lugar conveniente.—Cuadro final.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.—En el órden de reparto se ha tenido en cuenta la importancia de los personajes de la obra, por cuya causa el Sr. Ossorio no ocupa el lugar que le corresponde como primer actor, lo cual debo consignar para su satisfaccion.

OTRA.—Se suplica á los señores directores que el papel de Prior de Uclés se destine, como en la ocasion del estreno, á un primer barba.

59606047

El Ayuntamiento de Écija, queriendo dar una prueba de distincion al autor de este drama, por la circunstancia de ser hijo de la referida ciudad, ha tenido á bien costear la impresion de la obra, lo cual tiene gran honra en hacer público.